

J-2
1893

33741

EL CANASTILLO DE FLORES



Calleja

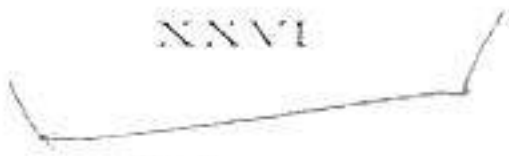
53066

MADRID

BIBLIOTECA ILUSTRADA

NNVI

S
11/158



J2
16932

EDITA
SANTA CRUZ DE
MADRID

nº 26





El monumento a Jacobo.

EDU...
JAC...
MA...
VALL...
INSC...
ED

4218
CRISTÓBAL SCHMID

EL CANASTILLO DE FLORES

ILUSTRACIONES DE M. PICOLO

revisado por



EDITORIAL
SATURNINO CALLEJA S.A.
M A D R I D

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.

CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D

Imp. de Julián Espinosa, Augusto Figueroa, 4.



CAPÍTULO PRIMERO

EL ANCIANO JACOBO Y SU HIJA MARÍA

EN el pueblo condal de Eichburgo vivía hace más de un siglo un hombre muy entendido y de bien, llamado Jacobo Rode. Siendo una pobre criatura, había ido en una ocasión a Eichburgo para aprender en los jardines del Conde el oficio de jardinero. Sus excelentes prendas, su buen corazón, la habilidad con que todo lo emprendía y su buena fisonomía le granjearon la buena voluntad de aquel señor. Encomendáronle muchos pequeños asuntos en el castillo, y debiendo por entonces salir a viajar el Conde, que era un señor joven, Jacobo fué en compañía suya. En aquel viaje Jacobo había enriquecido su entendimiento con muchas ideas, adquirido un lenguaje culto y finos modales y—lo que vale más—había re-

gresado nuevamente con su noble y honrado corazón no corrompido por el gran mundo. El Conde pensó desde luego en recompensar los fieles servicios de Jacobo y proporcionarle un empleo importante. Jacobo hubiera podido ser mayordomo del palacio que el Conde poseía en la capital; mas el buen hombre tenía siempre un vivo deseo de volver a la vida tranquila del campo; y como precisamente hacia la misma época despidió el Conde a un granjero de una pequeña hacienda de Eichburgo, que hasta entonces había estado a renta, Jacobo le suplicó que se la arrendase. El Conde se la cedió para toda la vida, y gratis, concediéndole además anualmente cuanta leña y granos necesitase para el consumo de su casa. Jacobo se casó en Eichburgo, y manteníase con el producto de la hacendita, que, además de una bonita vivienda, constaba de una hermosa huerta. Plantó una mitad con los mejores árboles frutales, y destinó la otra mitad al cultivo de legumbres.

Después de haber vivido muchos años Jacobo en el más dichoso matrimonio con su esposa, que bajo todos conceptos era una excelente mujer, tuvo el sentimiento de verla arrebatada por la muerte. Aquel buen hombre, ya algo entrado en edad, envejeció visiblemente, y sus cabellos encanecieron de una manera notable. Su goce único en el mundo era la niña que le había quedado viva de los varios hijos que tuvo, y que a la muerte de la madre contaba cinco años no más. Llamábase María, como su madre, y era en todo un cabal retrato suyo. Desde niña era ya extraordinariamente hermosa; pero cuando se desarrolló, sus piadosas inclinaciones, su inocencia, su modestia y su sincera benevolencia para con todas las personas, dieron a su hermosura un encanto singular. En su semblante descubriase cierto aire indeciblemente bueno, y sus miradas parecían brotar de los ojos de un ángel. María no había cumplido aún quin-



Jacobo Rode.

ce años, y ya cuidaba perfectamente de la pequeña morada. En las alegres habitaciones no se veía ni una partícula de polvo; en la cocina relucían todas las espeteras casi como nuevas, y toda la casa era un dechado de orden y limpieza. Además, ayudaba con infatigable aplicación a su padre en las tareas de la huerta, y las horas que así empleaba le agradaban como las más placenteras de su vida, aunque también el discreto padre sabía hacerle agradable el trabajo con joviales e instructivas conversaciones.

Como María había crecido entre plantas y flores, sin otro mundo que el huerto, contrajo desde su niñez gran pasión por las flores. Todos los años el padre hacía criar viveros con cebolletas y variedades de flores que ella no conocía, y le permitió plantar de lo mismo las orillas de los bancales. De esta suerte María, en sus horas libres, se entregaba constantemente a una ocupación recreativa. Cuidaba las tiernas plantas con el mayor esmero; contemplaba todos los capullos extraños, reflexionando y consultando sobre la flor que contuviesen, y cuando la flor con ardiente deseo esperada ostentaba toda su magnificencia, María experimentaba un gozo inefable.

—Eso es un goce puro e inocente—decía sonriendo el padre—. Algunos emplean en oro y sedas más escudos que yo cornados en semillas de flores, y nadie proporciona con ellos a sus hijas tan grandes e inocentes placeres.

Realmente, cada mes, y aun cada semana, brillaban para María con nuevos goces. En su embeleso solía decir:

—Apenas puede ser el Paraíso más bello que nuestro jardín.

No era fácil que pasase nadie por junto al jardín sin quedar parado y maravillarse de las hermosas flores. Los niños del lugar ojeaban todos los días por entre las verjas, María solía entregarles algunas flores.

El discreto padre supo encaminar la inclinación de su hija por las flores hacia objetos más elevados. Le enseñó a admirar en la hermosura de las flores, en sus variadas formas, en su limpio dibujo, exacta simetría, lindos colores y grata fragancia, la sabiduría, bondad y omnipotencia de Dios. Solía dedicar a la meditación los momentos de salir el Sol, y madrugaba más si su trabajo lo requería. Opinaba que la vida humana tiene poco valor si el hombre no sabe sacar de todos sus quehaceres un par de horas, o por lo menos dos medias horas del día, durante las cuales, sin ser turbado, pueda conversar con su Creador y recapacitar en su alto destino en el Cielo. En las graciosas mañanas de primavera y estío se sentaba con su hija en la enramada del jardín, donde, en medio del amable canto de las aves, se podía observar el florido huerto escarchado con las gotas del rocío, y un rico paisaje iluminado por los dorados rayos de la aurora. Hablábale de Dios, que hace aparecer el Sol tan alegremente, que envía el rocío y la lluvia, que alimenta a las aves del aire y viste con magnificencia a las flores. Le enseñó a reconocer al Omnipotente como al padre más amoroso, que con nosotros, sus amados hijos, se muestra infinitamente más diligente y propicio que con ninguna otra criatura. Allí le enseñó a orar, mientras él mismo en su corazón oraba por ella. Estas horas de la mañana contribuyeron mucho a fomentar en el tierno corazón de María la piedad más fervorosa.

En sus más queridas flores le mostraba los emblemas de las virtudes juveniles. Cuando un día de Marzo, por la mañana muy temprano, llevó a su padre, llena de contento, la primera violeta, éste le dijo:

—Sírvate, querida María, esa linda violeta como imagen de la modestia, de la reserva y de la sigilosa beneficencia. Esta flor viste colores suaves de humildad, florece con preferencia en los sitios más ocultos,

y tapada entre hojas, embalsama el aire con los más delicados perfumes. Sé tú también, amada María, una modesta violeta, que desdeña los trajes abigarrados y lujosos, que no quiere ser mirada, y hasta quedar marchita está haciendo bien secretamente.

Cuando estaban en completa florecencia las rosas y azucenas y el jardín aparecía con su más hermosa pompa, decía el padre a la regocijada María, mientras con el dedo señalaba a un lirio que iluminaba el Sol de la mañana:

—Sé tú como ese lirio, querida hija, retrato de la inocencia. Mira qué bello, qué claro y terso se presenta. El raso más blanco es nada al lado de sus hojas, que igualan a la nieve. ¡Dichosa la joven cuyo corazón esté tan limpio de todo mal! Pero también el más limpio de todos los colores es el más difícil de conservar puro. Una hoja de azucena fácilmente se aja, y si nos permitimos manosearla con aspereza, se queda luego manchada. De la misma suerte, una palabra, un sentimiento, pueden ofender a la inocencia. Sirvate la rosa—continuó el padre, señalando a una—, sirvate, querida María, como imagen del rubor. Más hermoso que el color de la rosa es el carmín del rubor. ¡Qué ventura la de una joven que se ruboriza por cualquier chanza deshonesta, y a quien la llama que enciende sus mejillas precavé del peligro del pecado! Las mejillas que fácilmente se ruborizan, permanecen mucho tiempo hermosas y encarnadas; las mejillas que dejan de ruborizarse, presto se ponen pálidas y amarillas y se pudren antes de tiempo en la tumba.

Cogió el padre algunas azucenas y rosas, las juntó en un manojito, dióselo a María y le dijo:

—Azucenas y rosas, estas hermosas flores hermanas prosperan juntas, y también parecen muy lindas unas al lado de otras en los ramos y guirnaldas: en iguales términos van también como dos mellizos la

inocencia y el rubor, que no pueden ser separados. Sí; el Señor dió a la inocencia por hermana consejera el rubor, para que pudiera ser más fácilmente conservada. Consérvate vergonzosa, querida hija mía, y también permanecerás inocente. Esté siempre tu corazón puro como un cándido lirio, y tus mejillas igualarán siempre a la rosa.

Era el más bello adorno del jardín un manzanito no mayor que un rosal, que crecía en medio de un pequeño tablar redondo.

El padre lo había plantado el día en que nació María, y todos los años producía el arbusto las más hermosas manzanas, doradas y rayadas de púrpura. Una vez floreció notablemente hermoso y estaba todo cuajado de flores. María lo examinaba cada semana y pasmada exclamaba:

—¡Ay, qué hermoso, qué bonito, encarnado y blanco! ¡Está como si todo el arbolito fuese un solo gran ramo de flores!

Volvió una mañana en que la escarcha había destruido las flores. Ya estaban amarillas y pardas, y con el sol se arrugaron a un tiempo. María lloraba ante aquel triste espectáculo, y su padre le dijo entonces:

—Así el aire pecaminoso marchita la flor de la virtud. ¡Oh, niña, tiembla ante la seducción! Figúrate si a tí también te sucediera, si las bellas esperanzas que me das, no sólo para un año, sino para toda la vida, hubieran de disiparse así. ¡Ah! Yo entonces lloraría más pesaras lágrimas que esas tuyas; ya no tendría horas alegres, y descendería a la tumba con las lágrimas en los ojos.

Efectivamente, le asomó el llanto, y sus palabras hicieron la más profunda impresión en María.

A la vista de tan cuerdo y tan amante padre, María crecía entre las flores de su huerto, florida como una rosa, inocente como un lirio, modesta como una

violeta y llena de esperanzas como un arbolito en su flor más lozana.

Con satisfactoria sonrisa en todos tiempos había contemplado el anciano su caro huerto, cuyos frutos premiaban colmadamente sus afanes; pero aún sentía mayor satisfacción interior al contemplar a su hija, la cual, con la buena educación que le había dado, producía frutos mucho más hermosos.

CAPÍTULO II

MARÍA EN EL CASTILLO DEL CONDE

EN una hechicera mañana de las primeras de Mayo, María había cortado en el vecino bosquecillo mimbres y varas de avellano, con las cuales tejía su padre cestitos cuando nada había que hacer. Allí encontró los primeros lirios del valle: cogió algunos, e hizo con ellos dos ramitos, uno para su padre y otro para sí. Al regresar a casa por el estrecho sendero al través de las floridas praderas, le salieron al encuentro la Condesa de Eichburgo y su hija Amalia, que ordinariamente moraban en la capital, pero que a la sazón habían ido pocos días antes a su castillo de Eichburgo.

Inmediatamente que vió a las dos señoras, vestidas de blanco y con verdes quitasoles, María se apartó un poco al lado para dejarles sitio y quedó respetuosamente parada en el sendero.

—¡Hola! ¿Hay ya lirios del valle?—exclamó la Condesita, que amaba estas flores más que ninguna otra.

María presentó al punto un ramo a cada una de las dos Condesas. Aceptáronlo con placer, y la madre sacó su bolsillo de seda encarnada, y quiso regalar a María. Pero María dijo:

—¡Oh! ¡Nada de eso! No hay absolutamente para qué. Permitan ustedes a una pobre muchacha el placer de dar también un pequeño recreo, sin agradecerlo con paga, a unas señoras de quienes ya ha recibido tanta finezas.

La Condesa se sonrió afablemente, y dijo a María que frecuentemente llevase lirios de los valles a Ama-

lia. María lo hacía así todas las mañanas, y con este motivo, mientras florecieron aquellos lirios, fué al castillo diariamente. Amalia se prendó más cada día de su talento natural y de sus modestos e ingenuos modales. María hubo de pasar aún muchas horas en compañía de Amalia largo tiempo después que habían fenecido ya todos los lirios del valle. En esto la Condesita daba claramente a entender que deseaba tener siempre junto a sí a María. Por fin pensó tomarla a su servicio.

Acercábase el cumpleaños de Amalia, y María pensaba ofrecerle un corto obsequio campestre. Ya muchas veces había llevado ramos de flores, y entonces le ocurrió otra idea. En el invierno último su padre había compuesto para señoras algunos canastillos de primor extraordinario, y había regalado a María el más hermoso de todos. La buena muchacha determinó llenar de flores aquel canastillo y hacer un presente a Amalia en su natalicio. El padre accedió muy gustoso a sus ruegos, y además adornó el cestillo con la cifra de Amalia y el escudo de armas de la familia, que entretejió con mucho primor y artificio.

En la mañana del natalicio de Amalia cogió María las rosas más dobles, los alhelios más hermosos, blancos, encarnados, azules y amarillos, claveles de fuego, de color pajizo claro y pardo oscuro, con otras hermosas flores de todos colores, tronchó lindas ramitas frescas y hojosas, y arregló las flores y verde follaje de tal suerte en el cestillo que los colores hacían entre sí el más bello contraste. Ciñó los costados del cestillo con una guirnalda de capullos de rosas y musgo, pero circuyó el nombre de Amalia con una coronita de vellosilla (llamada en alemán *no me olvides*). Los capullos de rosas recientes, el tierno musgo verde y las azules vellosillas decían muy bien con el fino y blanco trenzado del cestillo. Hasta el mismo padre, a pesar de su gravedad, alabó con satisfecha sonrisa la ocurrencia de María, y dijo:



Maria presentó al punto un ramo a cada una de las dos Condesas.

Canastillo de flores.

EDITORIAL
SATURNINO CALLEJAS
M A D R I D

—Déjala un rato más para que yo pueda contemplarla por más tiempo.

María llevó la cestita al castillo, y entre las más cordiales felicitaciones la presentó a la Condesita Amalia. Justamente se hallaba la joven Condesa sentada a su tocador, y detrás de ella la camarera ocupada en el peinado de Amalia para la fiesta de aquel día. Tuvo Amalia un extraordinario regocijo, y no hallaba palabras bastantes con que celebrar tanto las hermosas flores como el primorosísimo cestillo.

—Buena niña —dijo—, tú has despojado todo tu jardinito para obsequiarme ricamente. Y tu padre, efectivamente, hace un trabajo tan lindo y con tal gusto, que yo jamás he visto cosa más bella. ¡Ay! Ven conmigo ahora mismo a ver a mamá.

Levantóse, tomó cariñosamente de la mano a María y subió con ella al aposento de su madre.

—¡Oh, mamá, mamá!—exclamaba ya desde la puerta de la sala—. ¡Qué inimitable presente me ha traído María! Jamás habréis visto un cestillo más hermoso, y seguramente no hay tampoco flores más bellas.

El cestillo de flores agradó también mucho a la Condesa.

—En efecto —dijo—, es muy hermoso. Yo desearía tenerlo pintado. El cestillo con las flores, sobre las cuales todavía se conserva el rocío de la mañana, formaría un tiesto tan hermoso como un florero ideado por el más hábil pintor. Hace mucho honor al buen gusto de María y todavía mayor a su buen corazón. Aguárdate ahí un poco, amada niña—dijo a María, e hizo seña a Amalia para que la siguiese al aposento contiguo.

—Sin regalo —dijo en la pieza inmediata la Condesa a su hija— no podemos dejar ir a María. ¿Qué te parece que podemos darle?

Amalia lo pensó algunos instantes.

—Yo creo—contestó en seguida—, si tú, querida mamá, tienes a bien permitirlo, que lo mejor sería un vestido mío, el de elegantes florecitas encarnadas y blancas sobre fondo verde oscuro. En verdad, tan bueno está como nuevo, apenas me lo he puesto algunas veces, y ya me está corto; pero para María todavía puede resultar un hermoso vestido de fiesta. Ella misma se lo puede arreglar, que bien hábil es para ello, siempre que para ella tampoco fuese demasiado...

—De ningún modo lo es—dijo la Condesa—. Cuando se quiere regalar algo a otros, se les debe dar lo que les sea útil. El vestido verde con las bonitas florecillas caerá muy bien a una pequeña jardinerita. Ahora, buena niña—dijo la bondadosa Condesa al volver a entrar con Amalia en la sala—, ya te puedes marchar, y cuida de las flores para que no se marchiten hasta la hora de comer, pues hoy tendremos convidados, y el cestillo será el más hermoso adorno de la mesa. A Amalia cedo, querida María, el cuidado de recompensarte.

Amalia fué corriendo al aposento suyo con María y mandó a su camarera buscar el vestido. Adela, que así se llamaba la doncella, quedó parada, y dijo:

—¿Se pondrá usted hoy aquel vestido?

—No—respondió Amalia—, se lo regalaré a María.

—¿Aquel vestido?—exclamó Adela.— ¿Lo sabe ya su mamá de usted?

—Trae el vestido—dijo Amalia un poco seria— y déjame cuidar de lo demás.

Adela volvió la espalda para ocultar su despecho y fué a buscar el vestido. Encendiósele de cólera el semblante, y airada sacó del cajón arrebatadamente el vestido de la Condesita, diciendo:

—¡Si pudiera rasgarlos ahora mismo todos!... ¡Mal haya la mozueta hortelana! Ya por lo menos me

ha privado de una parte del favor de mi ama, y sobre esto me arrebató el vestido, cuando los vestidos desechados me pertenecen de derecho. ¡Ah! Si con los ojos pudiese arañar a la detestable traficante de flores...

Mientras volvía dentro de la sala, contuvo Adela su cólera lo mejor que pudo, presentóse contenta y entregó a Amalia el vestido.

—Querida María—dijo Amalia—, bien podré hacerte hoy un presente más rico que tu cestillo, pero no más placentero. Las flores del vestido no son ni con mucho tan hermosas como las tuyas, y sin embargo, creo que tú no me las rehusarás por amor mío. Lleva este vestido como recuerdo mío y en mi nombre saluda a tu padre.

María tomó el vestido, besó la mano a la joven Condesa y partió.

Adela, rabiosa de indignación, envidia y enojo secreto, continuó en silencio su ocupación, y como realmente se hallaba alterada, costóle no poco vencimiento disimular cuán desconcertada estaba mientras concluía el peinado de Amalia.

—Adela, ¿estás mala?—preguntó afablemente Amalia.

—Fuera gran tontería—dijo Adela—ponerme yo mala cuando usted está tan buena.

—Eso ha estado—dijo la Condesita—muy discretamente hablado; yo quisiera que tú pensases con igual sensatez.

María inmediatamente se fué con el hermoso vestido llena de alborozo a su casa. Pero el sagaz padre no experimentó ninguna alegría por el bello presente. Meneaba la encanecida cabeza y decía:

—¡Ojalá no hubieses llevado el cestito al castillo! Este vestido, sin duda, como presente de la Condesita, es para mí apreciable en sumo grado; pero yo temo que excite celos contra nosotros, y, lo que se-

ria peor, que te haga desdichada. Por tanto, querida María, vive muy precavida, para que al menos lo peor no se verifique. La modestia y decencia visiten a una doncella mejor que el traje más hermoso y exquisito.

CAPÍTULO III

EL ANILLO HURTADO

A PENAS María se hubo probado el hermoso vestido, doblándolo nuevamente con todo esmero y guardado en su ropero, vino a la casita la joven Condesa, pálida, temblando y casi privada de aliento.

—Por amor de Dios, María—dijo—, ¿qué has hecho tú? Falta el anillo de diamante de mi madre y nadie más que tú ha entrado en la sala. ¡Oh! Todavía es tiempo de que me lo devuelvas, sino hay una catástrofe. Dámelo pronto, aún se puede arreglar el negocio.

María, del sobresalto quedó blanca como el papel.

—¡Ay Dios!—exclamó—. ¿Qué es esto? Yo no tengo el anillo, ni he visto en la sala ninguno. Yo no me moví del sitio en que me quedé en pie.

—María—repitió la Condesa Amalia—, te ruego por tu mismo bien que me des el anillo. Tú no sabes qué valor tiene solamente la piedra. Este anillo costó muchos escudos, y si tú lo hubieses sabido no lo habrías tomado. Tú creíste que era una bagatela: dámelo y todo se te perdonará como una irreflexión pueril.

María se echó a llorar y dijo:

—De todas veras nada sé de ningún anillo, y jamás me he atrevido ni a tocar siquiera cosas ajenas, mucho menos a robarlas. Mi padre me tiene muy encomendado no quitar nada a nadie.

A este punto entró el padre en la pequeña habitación. Trabajando en el jardín había visto entrar a la Condesita muy presurosa en su casa. Luego que comprendió el asunto de que se trataba, exclamó:

—¡Dios eterno! ¿Qué viene a ser esto?

El buen hombre recibió tal espanto que hubo de asirse a la mesa y sentarse en el banco.

—Niña—dijo él—, robar un anillo es un delito contra el cual está señalada la pena de muerte; pero esto es lo de menos. Acuérdate del mandamiento de Dios: No hurtarás. De acción semejante no somos únicamente responsables a los hombres, somoslo también a un poderoso Señor, al Altísimo Juez, que ve en todos los corazones y para quien no vale denegación ni pretexto alguno. Si tú te has olvidado de Dios y de su santo precepto y la tentación te quitó de la memoria mis paternas consejos; si deslumbró tus ojos el brillo del oro y de la piedra preciosa, induciéndote a tal pecado, no lo niegues, confiésalo y devuelve el anillo. No hay otro camino para reparar esta falta, si una falta semejante es reparable.

María, llorando y suspirando, dijo:

—¡Oh, padre, en verdad, en verdad, yo no he visto ningún anillo! ¡Ah! Si yo hubiese hallado tal anillo en el camino, no habría tenido más reposo hasta restituirlo a su dueño. Estad cierto de que no lo tengo.

—Mira—dijo nuevamente el padre—, este ángel, la joven Condesa Amalia, que sólo por amor de ti hasta aquí ha venido para salvarte todavía de manos de la justicia, que te quiere bien, y que te ha regalado en este momento tan ricamente, no merece que tú le mientas y trates de abusar de ella para tu propia perdición. Si tienes el anillo, dílo, y la Condesa por su intercesión apartará de ti el castigo merecido. María, sé ingenua y no mientas.

—Padre—decía María—, vos mismo lo sabéis que en toda mi vida no he quitado el valor de un cuadrante. Jamás me atreví a tomar una manzana de árbol ajeno, ni un puñado de hierba en la pradera de otro; mucho menos una cosa de tanto precio. Creedme también, padre, nunca en mi vida os dije una mentira.

—María--insistió aún el padre--, repara en mis blancos cabellos; no acarrees a mi corazón más pesares sobre la tierra; librame de este dolor. Dí ante la presencia de Dios, a quien presto yo espero ver y que no deja entrar en su cielo a ningún ladrón, ¿tienes tú el anillo? Por tu propia felicidad quiero rogártelo, dí la verdad.

María miró con los ojos llorosos al cielo, alzó las manos cruzadas y exclamó:

—Dios lo sabe, yo no tengo el anillo. Tan cierta tenga yo la gloria como esto.

—Ahora—dijo el padre—yo así lo creo también, pues tú en presencia de Dios, aquí, ante la Condesa y tu anciano padre, tú no mentirías; y puesto que tú, como yo firmemente creo, estás inocente, quedo ya tranquilo. Estálo tú también, María y nada temas. Un solo y verdadero mal hay en el mundo, que nosotros debemos temer, y es el pecado. Nada son en su cotejo las prisiones y la muerte. Venga ahora lo que viniere sobre nosotros; aunque todos los hombres nos abandonen y se nos vuelvan contrarios, siempre tenemos por amigo a Dios, quien ciertamente nos salvará, y aquí o allá arriba pondrá nuestra inocencia en claro.

Algunas lágrimas asomaron a los ojos de la joven Condesa y dijo:

—Oyéndooos hablar así, caros amigos, creo también de positivo que no tenéis el anillo. Pero cuando reflexiono nuevamente en todas las circunstancias, me parece imposible que dejéis de tenerle. Mi madre sabe el sitio destinado para su costurero, donde puso el anillo precisamente un poco antes de entrar yo con María en la sala. Ni un alma vino para nada a la sala. María misma atestiguará que yo no me acerqué al costurero y mientras mi madre habló conmigo en la pieza del lado, María estuvo sola en el aposento, sin que hubiese persona alguna antes ni después de ella. Luego que salimos, cerró las puertas mi madre para

irse a vestir en otra pieza. Vestida ya, quiso ponerse el anillo, y había desaparecido. Para mayor prueba registró mi madre misma todo el aposento. Aún empleó la previsión de no dejar entrar en el cuarto a ninguna de casa, ni a mí siquiera, hasta que lo tuvo registrado todo dos y tres veces, pero en balde. ¿Quién puede tener el anillo?

—Tampoco yo lo comprendo—dijo el padre—. Dios nos ha destinado a una dura prueba. Sin embargo, para cuanto nos amenace—dijo poniendo la vista en el cielo—, aquí estoy, Señor: tu gracia no más. ¡oh Dios! y eso me basta.

—Verdaderamente—dijo la Condesa—, vuelvo a casa con el corazón muy oprimido. Triste natalicio tengo, pues habrá un lance desagradable. Verdad es que mi madre, por no hacer desdichada a María, a nadie sino a mí ha dicho una palabra de esto, pero ya no puede ocultarse más el asunto. Es preciso que hoy tenga el anillo mi madre, pues inmediatamente advertiría su falta mi padre, que debe llegar de la capital, y le esperamos a comer. Fué un presente que le hizo el día en que yo vine al mundo, y, por tanto, ella lo ha llevado todos los años en este día. Aguarda que yo le lleve la certeza del caso. Adiós.

Y aún dijo al despedirse:

—Yo le diré que os tengo por inocentes; pero ¿me creerá?

Triste y llorosa salía por la puerta. El padre y la hija quedaron atónitos del lance que les podía sobrevenir. Sentado el padre en el banco, apoyaba la cabeza en la mano, miraba pensativo al suelo y dejaba correr las lágrimas por sus mejillas. María se arrodilló a los pies de su padre, le miró llorando y dijo:

—¡Oh, padre! De verdad, yo estoy inocente en toda la historia; de verdad, yo inocente soy.

Levantóla el padre, largo rato la miró los azules ojos y dijo:

—Sí, María, tú eres inocente. Un criminal no puede mirar tan sincera y lealmente a nadie.

—¡Oh, padre!—empezó nuevamente María.— ¿En qué puede parar esto? ¿Qué nos pasará? ¡Ah! Si lo que hubiera de acaecer viniese únicamente sobre mí, yo lo sufriría con gusto; pero que vos hayáis de padecer por amor mío, esto me arredra extraordinariamente.

—Confía en Dios—dijo el padre—y ten ánimo. Contra su voluntad no se nos agitará ni un cabello. Cuanto nos acontezca, todo viene de Dios, y, por consiguiente, será bueno y acertado; y ¿qué más queremos? No te sobresaltés siquiera, y mantente siempre firme en la verdad. Ni por amenazas ni promesas te apartes un ápice de la verdad, y no atormentes tu conciencia. Una conciencia tranquila es una excelente almohada, hasta en la cárcel. Ahora, regularmente, nos separaremos, y tu padre ya no te podrá consolar. Buena María, por tanto, acógete con mayor firmeza a tu Padre celestial. De El, poderoso defensor de la inocencia, no puedes ser despojada.

En aquel punto fueron súbitamente abiertas las puertas y entraron en la salita el juez, el escribano y varios dependientes del tribunal. María dió un fuerte grito y se asió a su padre con ambos brazos.

—Desasídllos prontamente—gritó el juez, cuyos ojos estaban encendidos de ira—. Cargad a la hija de cadenas y metedla en el calabozo; entre tanto, afianzad también al padre. La casa y el huerto queden ocupados y vigilados, sin permitir a nadie la entrada hasta que yo lo haya registrado todo con el escribano.

Los alguaciles tiraron de María, que se conservaba abrazada con su padre; cogiéronla por los brazos y la encadenaron. Tomóla un desmayo, y desmayada se la llevaron arrastrando. Al tiempo de sacar padre e hija a la calle, ya se había juntado a todo correr una muchedumbre de gente, pues el caso del anillo se ha-

bía divulgado por todo el lugar. Alrededor de la casita del huerto había un tropel y afluencia como si se hubiese pegado fuego, y eran diferentes los pareceres. Aunque Jacobo y María estaban bien con todo el mundo, no faltaron sujetos que poseídos de maligna alegría hicieron perversas interpretaciones. Como Jacobo y María con su aplicación y ahorros lo pasaban muy desahogadamente, se atraían la envidia de muchos.

—Ya sabemos ahora—decían—adónde llegan sus posibles, lo que no podíamos comprender. Pero de esa manera ninguna habilidad tiene comer mejor y vestir más lindamente que las personas honradas del lugar.

Sin embargo, la mayor parte de los vecinos de Eichburgo tuvieron una sincera lástima del honrado Jacobo y de su buena hija, y muchos padres y madres de familia hablaron entre sí diciendo:

—¡Oh Dios! ¡Qué miseria es la nuestra! La mejor de las criaturas humanas no está segura de caer!

—¿Quién lo hubiera pensado de tan honradas personas? También quizá no sea así, y Dios quiera luego poner de manifiesto la inocencia de María. Pero si fuera así, quiera Dios asistirle para que reconozca su falta, se enmiende y evite la tremenda desgracia que la amenaza. Consérvenos Dios en su gracia y libres de pecado, del cual nunca estamos seguros.

Algunos de los niños del lugar se habían reunido y lloraban diciendo:

—¡Ay! Si los encierran ya no nos dará el honrado Jacobo frutas, ni la buena María flores. No los encerrarán.

CAPÍTULO IV.

MARÍA EN LA CÁRCEL.

MEDIO desmayada condujeron a María a la cárcel. Volvió en sí, lloró, sollozó, retorció las manos, oró, en seguida se dejó caer sobre un montón de paja, enteramente desvanecida por el susto; la aflicción y excesivo llanto, y un dulce sueño cerró sus fatigados párpados. Cuando se despertó ya era de noche; todo cuanto la rodeaba, oscuro; nada podía distinguir, ni saber dónde se hallaba. El lance del anillo se le presentó como un sueño; al pronto se figuró estar en su cama, y ya empezaba a regocijarse, cuando sintió en sus manos las cadenas, y el arrastre de las mismas resonó espantosamente en sus oídos. Aterrada, incorporóse en su yacija de paja.

—¡Oh!—exclamó, cavendo sobre sus rodillas—. ¿Qué más puedo hacer, Dios amado, sino elevar hacia tí mis aherrojadas manos? ¡Ah! Contempla este calabozo y mírame aquí arrodillada. Tú lo sabes; yo soy inocente. Tú eres el salvador de los inocentes; sálvame. Compadécete de mí, compadécete de mi pobre y anciano padre. ¡Ay! Da por lo menos consuelo a su corazón y redobla más los padecimientos del mío.

Un raudal de lágrimas corría de sus ojos al acordarse de su padre; el pesar y lástima ahogaban su voz; llorando y gimiendo continuó largo rato. Apareció la Luna, que hasta entonces había estado interceptada por densas nubes, y atravesando la pequeña y negra reja de su prisión, retrataba en el suelo de ella las barras de aquélla. María, con el reflejo de la clara Luna, pudo ir reconociendo distintamente las cuatro paredes de la prisión, los encarnados ladrillos de que es-

taban hechas, las blancas junturas de cal entre los ladrillos encarnados, la pequeña poyata que, en lugar de mesa, había formada en un rincón, el cántaro y el plato de barro puestos en la misma, y cada brizna suelta de la paja que le servía de lecho. Luego que se desvaneció la densa lobreguez alrededor de María, se le puso un poco más ligero el corazón. En la Luna parecía que miraba a un antiguo amigo.

—¿Vienes—decía—, cara Luna, a contemplar a tu amiga? ¡Ah! Cuando aparecías por entre el verde emparrado de la ventana de mi alcobita, entonces lucías tú mucho más hermosa y clara que ahora por entre ese espeso y negro enrejado. ¿Estás también algo triste por mí? ¡Ah! Yo había creído no verte nunca más. ¿Qué estará haciendo mi padre ahora? ¿Está quizá despierto y llora y se lamenta como yo? ¡Ay! Véale yo todavía una vez más. Tú, querida Luna, ahora tal vez miras también su prisión. ¡Ah! Si tú pudieras también hablar, si tú pudieras también decirle cuánto llora y se aflige por él su María!... Mas ¿qué locuras estoy diciendo ahora? Perdóname, caro Dios, este discurso. Tú, Señor, ves a mi padre en la prisión. Tú le ves a él y a mí, Tú consideras nuestros dos corazones, y a tu poderoso amparo no se opone ninguna pared o reja de hierro. ¡Ah! Envía consuelo a su penar.

María notó con asombro que una placentera fragancia de flores embalsamaba su prisión, y era que por la mañana, de algunos capullos de rosas y de otras flores que le habían sobrado del cestillo, había hecho un ramo y puéstoselo delante del pecho. Las flores esparcían un suave perfume.

—¡También aquí estáis, queridas flores—dijo cuando reparó en el ramito—, y vosotras, inocentes criaturas, también os habréis de marchitar en la prisión como yo! ¿Y en qué lo habéis merecido? Pero sirvame de consuelo, que yo, como vosotras, tampoco he delinquido.



Maria en la cárcel.

Tomó el ramito y se puso a admirarlo con la claridad de la Luna.

—¡Ah!—dijo.—Cuando yo por la mañana cogía en el jardín estos capullos de rosas y estas vellosillas en el arroyuelo, ¿quién hubiera creído que yo estaría por la noche en este calabozo? Cuando yo entrelazaba aquella cadena de flores, ¿quién hubiera pensado que hoy mismo había de llevar estas cadenas de hierro? Tan alterable es todo en la tierra, y así nadie sabe qué mudanzas pueden sobrevenirle y a cuán tristes sucesos pueden dar margen sus más inocentes acciones. El hombre, por, tanto tiene sobrados motivos para encomendarse todas las mañanas al amparo de Dios.

Echó a llorar de nuevo; sus lágrimas gotearon sobre los capullos de rosas y vellosillas, y a la claridad de la Luna relumbraron como el rocío.

—Quien no olvida las flores—dijo—y las empapa de rocío y lluvia, tampoco puede olvidarse de mí. Sí, querido Dios, destila consuelo en mi corazón y en el de mi padre, así como llenas con el puro rocío del cielo el calor de las sedientas flores.

Con lágrimas recordó nuevamente a su padre.

—¡Oh, amado padre mío! Cuando contemplo este ramito, cuántas de tus palabras vienen a mi memoria. Estos capullos de rosas florecen sobre espinas, y así también de estas mis penas nacerán goces. Si alguno pretendiere hacer salir antes de tiempo estas rosas de sus capullos apenas abiertos, no haría más que deshojarlas. Dios va desenvolviendo poco a poco estas delicadas hojitas purpúreas, como con suaves y ligeros dedos, y expelè de su interior agradables perfumes. También cambiará mis penas y desenvolverá las bendiciones que en sí encierran. Esperaré, por tanto, resignada hasta que llegue su debido tiempo. Estas vellosillas me recuerdan a su Criador. Sí, Dios amado, yo no te olvidaré, como Tú tampoco

me olvidas. Estas tiernas hojitas son azules como el Cielo: consuélame el Cielo en todos los padecimientos de la Tierra. Esta es una olorosa arveja con tiernas hojas blancas y encarnadas. Del mismo modo que esta delicada hierba abre su delicada flor con el inmediato apoyo, sin el cual se arrastraría por el polvo, y gozosamente floreciendo, como con alas de mariposa se sostiene levantada sobre la tierra, así me arrimaré yo fuertemente a Ti, ¡oh Dios! y alegremente me remontaré con tu ayuda poderosa sobre las miserias y los pesares del mundo.

«Esta reseda es la que llena principalmente de agradable olor todo el calabozo. Apacible y suave matita, también regocijas con tu aroma a quien te cortó. Yo quiero igualarte; también seré buena para con aquel que, sin haberle hecho mal, me arrancó de mi jardín metiéndome en este calabozo. Esta, que es la hierba doncella, que hasta en invierno se mantiene fresca, conserva en el tiempo más inclemente el hermoso y verde color de la esperanza. Yo ahora tampoco perderé la esperanza en el tiempo del padecimiento. Dios que mantiene verde y fresca esta plantita en medio de las borrascas del invierno, bajo el hielo y la nieve, también me hará prevalecer contra las borrascas del infortunio. Este par de hojas de laurel me recuerdan la inmarcesible corona reservada en el Cielo para todos los que aquí en la Tierra son sufridos y magnánimos. ¡Oh! ¡Ya me parece que estoy viendo esa magnífica y eterna corona de triunfo rodeada de rayos dorados! ¡Vosotras, flores de la Tierra, sois pasajeras, como todos sus goces, y presto os marchitáis; pero allá arriba, tras los breves tormentos de este mundo, nos aguarda una dicha, una gloria que es eterna!»

Unas opacas nubes oscurecieron entonces de repente la Luna. María ya no pudo ver más flores, y reinó en el calabozo la más espantosa lóbreguez. Se

le oprimió de nuevo el corazón; mas pronto pasaron las nubes, y la Luna otra vez apareció, clara y bella como antes.

—Así—dijo entonces María—puede también ser oscurecida la inocencia; pero al fin resplandece nuevamente limpia y hermosa. ¡Dios mío, así también harás triunfar contra todas las falsas acusaciones mi inocencia, sobre la cual una espesa nube atrae pérfidas sospechas en este momento!

María se echó otra vez en su montón de paja, y se durmió tranquila y consolada. Mientras dormía acabó de consolarla y alegrarla un placentero sueño. Soñó que a la claridad de la Luna paseaba por un jardincito que le era enteramente desconocido, situado en medio de un escabroso desierto poblado de sombríos abetos, y que se le representaba indeciblemente agradable y recreativo. Nunca había visto la Luna tan despejada y hermosa. Todas las esmaltadas flores del jardincito, iluminadas por aquel suavísimo reflejo, brillaban más hermosas y agradables.

También su padre estaba mirándola en el lindo jardín. La Luna daba en su venerable rostro, que le sonreía alegremente. Precipitóse hasta él, y derramó en su cuello las más dulces lágrimas, con las cuales, al despertarse, estaban enteramente bañadas sus mejillas.

CAPITULO V

MARÍA EN PRESENCIA DEL TRIBUNAL

A PENAS había despertado, entró un alguacil en la prisión y la condujo ante el tribunal. Un temblor corría por todo su cuerpo al entrar en la oscura y abovedada sala del tribunal, que tenía ventanas antiquísimas cerradas con vidrios biselados. El bailío, como juez, estaba sentado en un gran sillón forrado de paño carmesí, y el escribano, con la pluma en la mano, junto a una mesa de escritorio, que, de vieja, ya parecía enteramente negra. El juez le hizo una multitud de preguntas, y María, respondió a todas conforme a la verdad. Lloró, se lamentó, protestó de su inocencia; pero el juez dijo:

—No me engañarás sosteniendo lo imposible como posible. Nadie vino al aposento sino tú; nadie más que tú puede tener el anillo: confíésalo.

María repitió en medio de su llanto:

—No podré decir nunca otra cosa: nada sé de tal anillo. No lo he visto ni lo tengo.

—El anillo—continuó el juez—ha sido visto en tus manos. ¿Qué dices a eso?

María afirmó que era imposible.

El juez tocó la campanilla, y entró Adela. Adela, llevada de su rabia por el vestido y con la malvada intención de privar a María del cariño de sus amas, había dicho entre la servidumbre del castillo:

—Nadie más que la pícara jardinera tiene el anillo. Cuando la ví bajar la escalera, observé que tenía en la mano un anillo con piedra; pero ella, al verme, evitó mis miradas. Desde luego se me hizo esto sospechoso; pero, no queriendo partir de ligero, callé,

creyendo que quizás le hubiesen regalado el anillo como otras muchas cosas. Si lo ha hurtado, alarma habrá, y entonces siempre será tiempo de hablar. Yo estoy muy contenta con no haber entrado hoy en el cuarto de la señora Condesa. Estas viles, como la gazmoña de María, pueden también excitar sospechas contra personas honradas.

Se tomó declaración a Adela, que debía ratificar su acusación ante el tribunal. Cuando entró en el tribunal y el juez le advirtió que dijese la verdad en nombre de Dios, le latió bastante el corazón y le temblaron las rodillas; mas la depravada doncella atendió a las palabras del juez y no prestó oídos a la voz de su conciencia. Ella calculó:

—Si ahora confieso que mentí, me echarán de aquí o quedaré presa.

Afirmó, por tanto, su mentira, y con insolencia dijo cara cara a María:

—Tú tienes el anillo: yo te lo he visto.

María se espantó de tanta perversidad; pero sufrió la calumnia sin injuriarla. No hacía más que llorar, y el llanto apenas la dejaba proferir estas palabras:

—¡No es verdad; no me has visto el anillo! ¿Cómo eres capaz de mentir tan terriblemente y hacerme tan desdichada, a mí que ningún mal te hice?

Pero Adela, que siempre había tenido a María odio y envidia, no se desdijo ni una letra. Todavía repitió sus mentiras con todas las amplias circunstancias forjadas, y enseguida, a una seña del juez, fué llevada fuera.

—Estás convicta—dijo entonces el juez a María—: todas las circunstancias deponen contra tí. La camarera de la condesita ha visto el anillo en tus propias manos. Dí ahora dónde lo has puesto.

María insistió en que no lo tenía, y entonces mandó el juez azotarla hasta hacerle sangre. María gritaba, lloraba, imploraba a Dios, repitiendo siempre y siem-



Apenas había despertado, entró un alguacil en la prisión.

pre que era inocente; pero de nada le sirvió: fué cruelmente maltratada. Pálida, trémula y ensangrentada, lleváronla finalmente otra vez a la prisión. Sus heridas la mortificaban terriblemente. Desvelada estaba a la media noche sobre su montón de paja, llorando, gimiendo y orando a Dios. Al fin concilió un ligero sueño reparador. Al día siguiente mandó el juez llevar otra vez a María ante el tribunal. Como de nada habían servido los anteriores esfuerzos, procuró con suavidad y amistosas promesas obtener la confesión, y le dijo:

—Tienes pena de la vida; pero si declaras dónde está el anillo, nada más se te hará: los azotes pasarán por castigo y volverás con tu padre al momento a tu casa. Piénsalo bien, y escoge entre la vida y la muerte. Mira: yo te quiero bien. ¿De qué te servirá el anillo cuando chorreando sangre caiga al suelo tu cabeza?

María se atuvo a su primera declaración. El bailío, habiendo reparado que la joven profesaba un grande amor a su padre, siguió diciendo:

—Si desprecias tu misma vida, piensa en la encanecida cabeza de tu padre. ¿Quieres dejarla caer sangrienta entre las manos del verdugo? ¿Quién sino él puede haberte persuadido a que negaras tan terca-mente? ¿No conoces que también a él le costaría la vida?

Al oír estas palabras, María se estremeció en términos, que casi se desmayó. El juez dijo:

—Confiesa que has hurtado el anillo. Una palabra, una sílaba, puede salvaros la vida a tí y a tu padre.

Para María fué esto una dura prueba. Calló largo rato, y le ocurrió al pronto que podía decir que había tomado el anillo y que le había perdido por el camino; mas pensaba para consigo y se decía:

—¡No; más vale atenerse constantemente a la verdad! Mentir sería un pecado, y por ningún precio

quiero cometer un pecado, aunque con él salvase la vida a mi padre y a mí. ¡A tí, Dios mío, quiero obedecer y abandonar a tí todo consuelo!

En seguida dijo en voz alta y entera:

—Si dijera que tengo el anillo, diría una mentira, y si por una mentira había de librarme de la muerte, tampoco lo diría. Pero si alguna sangre ha de correr, ¡ah, librad la encanecida cabeza de mi buen padre! ¡Con gusto derramaré mi sangre por él!

Estas palabras, que conmovieron a todos los circunstantes, penetraron hasta el corazón del juez, sin embargo de ser un hombre austero y riguroso. Guardó silencio el bailío, e hizo seña para que otra vez condujesen a María dentro de la prisión.

CAPITULO VI

JACOBO CON SU HIJA MARÍA EN EL CALABOZO

HALLÁBASE el juez en sumo embarazo. —Ya van tres días con hoy—decía en la mañana siguiente a su escribano—, y no estamos todavía más adelantados que en la primera hora. Si se me presentase no más que una posibilidad de que algún otro tuviera el anillo, creería que esta muchacha es inocente. Contumacia semejante para una edad tan tierna, es cosa inaudita. Pero las circunstancias claramente deponen contra ella: no puede ser de otra suerte; necesariamente ha robado el anillo.

Pasó nuevamente a casa de la Condesa para informarse otra vez de los más pequeños incidentes, hizo nuevo interrogatorio a Adela, trabajó sin levantar mano todo el día en las piezas del proceso, reflexionó una por una en todas las palabras que María había dicho en el interrogatorio. Ultimamente, aquella noche, ya tarde, mandó sacar de la prisión al padre de María y que le llevasen a su aposento.

—Jacobo—dijo—, soy conocido, en verdad, por hombre muy severo; pero no podréis echarme en cara que en mi vida haya cometido con alguien, a sabiendas, una injusticia. Creo que no me atribuiréis el que quiera la muerte de vuestra hija; pero, según todas las apariencias, ella debe de haber ejecutado el robo, y, conforme a las leyes, ha de morir. La declaración de la camarera da al caso una completa certidumbre. Si, no obstante, pareciera el anillo, y así quedase reparado el daño, vuestra virtud podría favorecer a María. Pero si ella prosigue tan obstinada

y maligna en negar, suple la malicia lo que le disculpan sus años, y se hace reo de muerte. Id, pues, a ella, Jacobo; persuadidla a que devuelva el anillo, y yo os prometo que entonces, y (reparadlo bien) sólo entonces, dejará de morir, sufriendo solamente un castigo ligero. Sois padre y todo lo podéis con ella. Si nada sacáis de ella, ¿qué se habrá de pensar, sino que vos estáis en inteligencia con ella y que habéis tenido parte en el delito? Os lo repito: Si el anillo no parece, las resultas serán fatales.

El padre dijo:

—Hablaré con ella; pero ya sé de antemano que no ha robado el anillo, ni lo confesará, por consiguiente. Quiero, sin embargo, tentarlo todo, y siempre tengo por un gran favor el que pueda ver aún a mi hija, si, a pesar de ser inocente, ha de morir en el cadalso.

El alguacil condujo al anciano silenciosamente hasta la prisión de María; dejó la humeante lamparilla sobre la poyata del calabozo, encima de la cual aún permanecían intactos el platito de barro con la cena de María y el jarro de agua; salió, y cerró tras sí la puerta. María estaba con la cara vuelta hacia la pared, echada sobre la paja y dormitando un poco. Cuando abrió los ojos y advirtió la claridad de la lamparilla, se volvió y, al descubrir a su padre, dió un recio grito, se levantó de la paja moviendo ruido con las cadenas, y medio desmayada se le echó al cuello. Sentóse Jacobo con ella en la paja y la estrechó en sus brazos. Ambos estuvieron callados largo rato y sus lágrimas corrieron mezcladas. Al fin comenzó el padre a hablar conforme a su comisión.

—¡Ay, padre!—le interrumpió María.—¡También dudaréis vos de mi inocencia! ¡Oh Dios!—continuó llorando.—¿No hay, pues, hombre alguno en el mundo que no me tenga por una ladrona? ¡Hasta mi padre! Padre, creedlo, sin embargo: no habéis educado en mí a una ladrona.

—Tranquilízate, querida hija: yo te creo; pero me han mandado preguntártelo.

Callaron ambos otra vez. El padre contempló a María. Sus mejillas estaban pálidas y consumidas; sus ojos, encendidos e hinchados de llorar; su espesa y rubia cabellera estaba suelta y esparcida.

—¡Pobre niña!—dijo él.—¡Dios te ha enviado una gran pena, y temo que presto te sobrevenga la más grave de todas, la más espantosa! ¡Ah! ¡Quizás te cortarán la cabeza!

—¡Oh, padre!—dijo María.—Nada absolutamente se me da; pero vuestra encanecida cabeza, ¡Dios mío! ¿he de verla yo caer bajo la cuchilla?

—No temas, querida hija—contestó el padre—. Nada va conmigo; pero a tí... Todavía espero, a la verdad, alguna mejora: puede sucederte que...

—¡Oh!—exclamó María.—Si es así, se me ha levantado una pesadísima losa del corazón, y todo va bien. De veras, padre; no temo a la muerte: voy con Dios, con mi Redentor, y también veré a mi madre en el Cielo. ¡Oh! ¡Qué contento ahora el mío!

Estas palabras penetraron hondamente al corazón del padre, que lloraba como un niño.

—Ahora, ¡alabado sea Dios!—dijo por fin cruzando las manos.—¡Alabado sea Dios, pues tan resignada te hallo! En verdad, duro es, muy duro para un anciano desfallecido, para un padre amoroso, perder así la única hija de sus entrañas, el consuelo único, el postrer ánimo, la corona y el regocijo de su vejez. Con todo...—y suspiró con voz entrecortada—, ¡Señor, hágase tu voluntad! Tú deseas un sacrificio muy difícil para el corazón de un padre; pero yo te lo hago muy gustoso. ¡Tómala! ¡En tus manos entrego lo que más amo en la Tierra, pues es elevada a mejor estado! ¡Yo la recomiendo a tu corazón paternal infinitamente amoroso, y estará más bien cuidada! ¡Ah, querida María! Más vale que mueras inocente en el cadal-

so bajo la cuchilla del verdugo, que verte yo en este mundo corrompido seducida, o que hubieras sido despojada de tu inocencia y precipitada al pecado y a los vicios. ¡Perdona que así me exprese! Tú eres, sin embargo, muy buena, muy buena; digna de ser colocada entre los ángeles del Cielo; pero el mundo es malo, muy malo, todo es posible, y hasta los ángeles cayeron. Hija mía, si tal es la santa voluntad de Dios, muere consolada. Esta es la muerte más hermosa, por más sangrienta que deba ser. Después serás trasladada como una pura e inmaculada azucena desde un ingrato suelo a mejor terreno, ¡al Paraíso!

Un raudal de lágrimas interrumpió sus palabras.

—Otra vez, lo repito—dijo pasado un rato—, Adela ha atestiguado contra tí. Bajo juramento ha protestado haber visto el anillo en tu mano: su testimonio es tu muerte, si has de ser sentenciada. Pero ¿no es verdad que la perdonas y que a nadie tienes odio en este mundo? ¡Ah! Aquí sobre esta paja, en este lóbrego calabozo, cargada con esas terribles cadenas, eres tú más dichosa todavía que ella en el majestuoso castillo, entre sedas y distinciones, en la abundancia y los honores. Más vale morir inocente como tú, que vivir deshonorada como ella. Perdónala, María, como tu Redentor perdonó a sus enemigos. ¿No es verdad que la perdonas, siguiendo en todo a Dios? ¡María, júralo! Y ahora—prosiguió el padre, que sentía llegar al dependiente de justicia—, yo te encomiendo a Dios, a su gracia y a tu Redentor, que también, siendo inocente, fué crucificado como un malhechor. Y aunque no vuelvas a ver más mi rostro, si es esta la última vez que te veo, presto te seguiré al Cielo, porque a este golpe conozco que no sobreviviré mucho.

El alguacil recordó al padre que debía salir. María quiso retenerle y le ciñó con sus brazos. El padre, con suaves esfuerzos, se desasíó de ella, que cayó sin conocimiento sobre la paja.

Jacobo fué otra vez llevado acto continuo al juez, y exclamó, enteramente fuera de sí al entrar en la sala y levantando la mano derecha hacia el cielo:

—¡Delante de Dios lo juro: es inocente! ¡Mi hija no es una ladrona!

—Al pronto, yo también pude creerlo—dijo el juez—. Mas, ¡ay! no puedo dar asenso a vos ni a vuestra hija, sino que debo juzgar según el estado actual de las cosas y como el texto de la ley me lo manda.

CAPÍTULO VII

LA SENTENCIA Y SU CONSUMACIÓN

TODOS en el castillo y en el lugar estaban curiosos por saber cómo iba el asunto de María. Los bien intencionados temblaban por su vida, pues en aquellos tiempos el robo era castigado con extraordinaria severidad, y muchos hombres eran ajusticiados por el hurto de una suma de dinero que no llegaba a la vigésima parte del valor del anillo. Nada más ansiosamente deseaba el Conde sino que María fuese hallada inocente: así es que leyó desde el principio hasta el fin todo el proceso, conferenció largas horas con el baile; pero no podía convencerse de la inocencia de María, por cuanto aparecía absolutamente imposible que ningún otro hubiese quitado el anillo. Ambas condesas, madre e hija, rogaron con lágrimas que no se mandara ejecutar a María. El anciano padre imploraba día y noche en la prisión, sin cesar, a Dios para que se dignara poner en claro la inocencia de su hija. María, cuantas veces oía llegar al mozo de justicia con el plato, se figuraba que se le iba a anunciar su sentencia de muerte. El verdugo iba limpiando el paraje del patíbulo de las crecidas hierbas incultas con que se había cubierto. Desde una calle del paseo, Adela le vió dedicado a aquel trabajo, y un dardo entró en su corazón. Quedó muy conmovida; estuvo enteramente pálida durante la cena, de la cual a nada tocó, y todo el mundo conoció que estaba desasosegada. Aquella noche durmió con gran zozobra, y más de una vez se le presentó en sueño la ensangrentada cabeza de María. Su alterada conciencia no le dejaba reposar noche ni día. Pero la malva-

da muchacha era presa de los sentimientos puramente mundanos y carecía del gallardo valor de reparar su falta mediante una ingenua confesión.

El juez, por último, falló, y la sentencia fué la siguiente: María reo de muerte por el patente y considerable robo y por la contumaz negativa, debía, en atención a sus pocos años y a su conducta particular irreprochable, ser enviada perpetuamente a una casa de corrección; y su padre, que o era causante en el hecho, o por mala crianza, era partícipe de la culpa y de la obstinación de ella, debía ser expulsado para siempre del condado, y los bienes de ambos, vendidos para indemnización, aunque insignificante, de los graves perjuicios y de las costas. El Conde suavizó la sentencia en estos términos: María con su padre será extrañada fuera de los límites del dominio; y encargó que, para evitarles la visita de todos los vecinos, inmediatamente, al amanecer del otro día, fuesen conducidos allá.

Cuando María y su padre, conducidos por el alguacil, pasaban por delante de las puertas del castillo, salió Adela, y como el asunto, a juicio de la perspicaz e insensible doncella, había terminado bien, contra toda esperanza, recobró toda su primera jovialidad. Decapitar a María le hubiera parecido demasiado; pero desterrarla era justamente lo que apetecía. Siempre había temido que María fuese al fin colocada en su lugar, y este recelo quedaba desvanecido. Su anterior odio a María, su maligno contento y sus depravadas intenciones recobraron nuevamente todo su poderío. La condesa Amalia, viendo una vez sobre el tocador el cestillo de María, había dicho a Adela:

—¡Quitame de la vista ese cestillo! Me trae tristes recuerdos, y no puedo mirarlo sin dolor.

Adela se lo había llevado consigo, y en aquel momento lo sacó también, y dijo a María:

—Ahí tienes devuelto tu presente. Mi noble señora



—¡Ven, hija mía!—dijo estrechando a María entre sus brazos.

Canastillo de flores.

EDITORIAL
SATURNINO CALLEJA S. A.

M A D R I D

nada quiere de tales manos. Tu engrandecimiento se ha deshecho ya, como las flores que tan caras te hiciste pagar; tengo un singular deleite al entregarte el cestillo.

Dichas estas palabras, lo tiró a los pies a María, volviéndose dentro del castillo, y con gran impetu cerró tras sí las puertas. María, sin desplegar los labios, alzó el cestillo y con los ojos llorosos siguió su camino. El padre no llevaba para el viaje ni un bastón, y María nada más que el cestillo. Saltándosele las lágrimas miró y volvió a mirar cien veces su casa paterna, hasta que por fin desaparecieron a su vista el mismo castillo y aún el chapitel de la torre de la iglesia tras la colina del bosque.

Luego que el alguacil hubo internado en la selva, hasta llegar a los mojones del condado, a María y a su padre, el anciano, fatigado por la pesadumbre y el tormento, se sentó en la piedra de linde, que estaba cubierta de espeso musgo y recibía sombra de una encina centenaria.

—¡Ven, hija mía!—dijo estrechando a María entre sus brazos: juntó las manos de ella, y unidas a las suyas las alzó al cielo.—Ante todas las cosas, demos gracias a Dios por habernos sacado de la estrecha y oscura prisión al aire libre y bajo su tranquilo cielo, por habernos salvado la vida, y porque me ha restituido mi querida hija.

El padre fijó la vista en el cielo, que claro y azul brillaba por entre el verde follaje de las encinas, y oró en voz alta:

—¡Amado Padre celestial, consuelo único de sus hijos en la Tierra, eficaz protector de todos los afligidos: acepta nuestras gracias por nuestra feliz salvación de las cadenas y ligaduras, de la cárcel y de la muerte! ¡Recibe nuestro agradecimiento por todos los beneficios que se nos han dispensado en este suelo! ¿Y cómo podíamos salir de estas fronteras sin mirar

primero hacia tí reconocidos? Ahora, pues, antes de pisar un suelo extranjero, te imploramos también: dignate mirar a un desvalido padre y a su pobre y llorosa niña. Acógenos bajo tu amparo; sé nuestro guía por los ásperos caminos que quizás debamos emprender mi pobre hija y yo; condúcenos ante hombres buenos e inclina su corazón a la misericordia; concédenos de tu dilatada y vasta tierra un pedacito donde tranquilos vivamos los días que nos restan de peregrinación, y luego podamos morir consolados. Sí; este pedacito, aunque nosotros lo ignoremos todavía, ya, ciertamente, nos lo has deparado. Llenos de confianza y de fe en tí, consolados caminamos allá.

Después de haber orado los dos así, pues María en su interior repetía todas las expresiones de su padre, penetró un maravilloso consuelo en el corazón de entrambos.

CAPÍTULO VIII

UN AMIGO EN LA NECESIDAD

EN aquel momento corría por el bosque Antonio, antiguo cazador del Conde y que le había servido juntamente con Jacobo. Antes de amanecer ya se había puesto en espera de un ciervo.

—¡Dios os guarde, Jacobo!—le dijo.—¡Sí, sois vos! Yo creí haber oído vuestra voz, y no me he equivocado. ¡Ay, Dios mío! ¡Y así os han despedido! ¡También es cosa muy cruel haber de abandonar en la vejez la cara patria!

—Toda la tierra que cubre el cielo azulado—dijo Jacobo—es propiedad de Dios, y por todas partes reina su amor para con nosotros. Pero nuestra patria está en el Cielo.

—¡Dios mío!—prosiguió el compasivo cazador.—¿Os han echado efectivamente como estáis? ¡Ni aun la ropa necesaria para un viaje tenéis!

—El que viste las flores también nos vestirá a nosotros—respondió Jacobo.

—¿Y tampoco vais provisto de dinero?—preguntó el cazador.

—Tenemos la conciencia tranquila—contestó Jacobo—, y con eso somos más ricos que si fuese de oro y nuestra la piedra en que estoy sentado.

—Pero decid—insistió el cazador—: ¿no tenéis de veras un ochavo?

—Este cestillo vacío—dijo Jacobo—que tengo a mis pies es toda nuestra fortuna. ¿Cuánto os parece podrá valer?

—¡Dios mío!—dijo apesarado el cazador.—Un duro, o quizás dos. ¿Pero cómo ha de ser esto?

—Pues somos ricos—prosiguió Jacobo—si Dios no me deja más que estos dos brazos sanos. En un año hago yo, a lo menos, cien cestitos como éste, y con cien duros, seguramente nos mantenemos. Mi padre, que era cestero, se empeñó en que, además del oficio de jardinería, aprendiese yo a hacer cestos para tener en invierno una ocupación beneficiosa; y aunque ya está en la huesa, le doy las gracias. Hizo por mí más y cuidó de mí mejor que si me hubiese dejado tres mil escudos que me rindieran anualmente los cien duros limpios. Un alma pura, un cuerpo sano y un ejercicio honrado son las mejores y más seguras riquezas de la Tierra.

—¡Alabado sea Dios—dijo el cazador—, ya que así podéis tomarlo! Debo daros la razón; pero creo que también la jardinería puede daros utilidad. Y ahora ¿a dónde queréis ir?

—Muy lejos—respondió Jacobo—; donde nadie nos conozca y Dios nos encamine.

—Jacobo—dijo el cazador—, tomad este fuerte y grueso palo de nudos. Afortunadamente, lo he traído conmigo para trepar por aquella montaña fuera de camino, lo cual me es ya trabajoso. Ni siquiera tenéis un bastón de camino; y además—continuó, al tiempo que sacaba de la faltriquera una bolsita de cuero—, tomad algún dinero. Ayer tarde lo recibí por la mañana en aquella aldehuela de allí, donde hice noche.

—Tomaré el bastón—dijo Jacobo—, y lo llevaré en memoria de un hombre excelente; pero no puedo tomar el dinero, procediendo de leña que pertenece al Conde.

—Anciano y honrado Jacobo—dijo el cazador—, no tengáis cuidado. Años atrás, sin volver a pensar más en ello, suministré algún dinero a un pobre hombre que había perdido su vaca y no podía pagar la leña comprada. Ayer casualmente y con gracias

me lo devolvió. Este dinero verdaderamente os ha venido de donación de Dios.

—Lo tomaré, pues—dijo Jacobo—, y Dios quiera recompensarlo en alguna otra cosa. ¡Mira, María—dijo enseguida a su hija—: qué bien nos cuida Dios en el acto mismo de principiar nuestro viaje! Antes que nos apartásemos de los límites, ya nos ha enviado a nuestro antiguo y buen amigo, que me ha traído un bastón de camino y nos ha provisto de dinero para el viaje. Antes de levantarme de esta piedra ha oído nuestra plegaria. Por tanto, ponte alegre y animosa: Dios seguirá cuidando de nosotros.

El viejo cazador se despidió de ellos llorando.

—¡Id con Dios, honrado Jacobo! ¡Adiós, buena María!—dijo al mismo tiempo que alargaba la mano primeramente al padre y después a la hija.—Siempre os tuve por gentes de bien, y os tengo todavía. También os irá perfectamente, pues la honradez sale siempre adelante. ¡Si, sí, el que obra bien y en su Dios confía, nunca se ve abandonado! ¡Marchad con esta divisa, y Dios os guíe!

El cazador, enternecido con aquella escena, se volvió para dirigirse a Eichburgo. Jacobo se levantó, cogió a su hija de la mano, y atravesando con ella los caminos del bosque, se lanzó al vasto mundo.

CAPÍTULO IX

EXPEDICIÓN DE JACOBO Y MARÍA

MARÍA y su padre caminaban más y más, y ya llevaban sobre veinte leguas andadas sin encontrar por ninguna parte un abrigo. Su poco dinero ya se les acababa, sin embargo de que se daban un trato muy pobre. Les era duro en extremo pedir limosna, pero al fin tuvieron que hacerlo. En términos agrios eran despedidos de muchas puertas, en otras con refunfuños les daban un mendrugo enteramente seco. Alguna que otra vez obtenían en un platito de barro un poco de sopa o de legumbre, y todavía con mayor rareza algo de carne o pastas sobrantes. Después que por muchos días nada lograron comer caliente, aún se daban por contentos con poder pasar la noche en alguna granja.

Como vagaban constantemente entre colinas arboladas y montañas, sin que a veces en largo trecho el camino les guiase a parte alguna, un día se puso malo el anciano. Pálido y sin hablar se desmayó, cayendo al pie de una colina de abetos sobre un lecho de hojas en forma de agujas caídas de dichos árboles. María, espantada y llena de angustia, casi estaba fuera de sí. En vano miró alrededor en busca de agua fresca; no halló ni una gota. En vano gritaba; no le respondió más que el eco. En todo lo que alcanzaba la vista no se divisaba una morada humana; pero María, para poder descubrir mejor, trepó apresuradamente y con trémulas rodillas por la colina arriba. Vió desde lo alto, sola en medio del bosque, una casa de labradores en la hondonada por la otra parte del

monte, y que estaba rodeada de campos de mieses para segar y de verdes praderas. Corrió abajo tan veloz como pudo, y llegó casi sin aliento a la casa, donde con ojos llorosos y voz turbada imploró auxilio. El labrador y su mujer, ambos ya entrados en años, eran unas buenas almas compasivas, y se enternecieron con el desfallecido aspecto, lágrimas y ansias mortales de la pobre muchacha. La labradora dijo a su marido:

—Pon un caballo en la carretilla, y nos traeremos a ese anciano enfermo.

El labrador fué a aparejar el caballo y sacar la carreta. La labradora dispuso un par de colchones, un jarro con agua fresca y una botella con vinagre. María, sabiendo entonces que el camino carretero hasta rodear la colina era pésimo, y exigiría más de media hora, siguió apresuradamente el mismo sendero que había llevado, a fin de llegar más pronto donde había quedado su padre, y presentarle el agua y el vinagre que llevaba.

Cuando llegó, ya se había repuesto un poco, y sentado al pie de un abeto alegróse muy entrañablemente al ver otra vez a María, a quien con pesar había echado de menos. Pusiéronle en la carreta y le entraron hasta el patio de la granja. En ella tenía el labrador desocupada una pieza con sala y cocina contiguas, que cedió al anciano enfermo, y en la cual la labradora le compuso una buena cama. María, para estar siempre cerca de su padre enfermo, se contentó con el banco. La enfermedad era puro decaimiento sobrevenido por la mala alimentación, el escaso y mísero reposo por las noches y los sufrimientos del viaje. La buena labradora dió para alivio y refrigerio del enfermo todo cuanto tenía en su casa. No escaseó harina, huevos, leche ni manteca, y tampoco sintió disponer de algunas gallinas para proporcionar sustanciosa sopa al pobre viejo debilitado. Más adelante

casi todos los días el labrador sacaba un pichón del palomar.

—Toma—decía sonriendo a su mujer—: ásaselo; porque si tú no perdonas tus gallinas, es preciso que yo también haga algo.

Otros años habían ido el labrador y su mujer a la fiesta de una iglesia cercana; pero aquél acordaron quedarse en casa, y con el dinero que habían de gastar en la feria, comprar unas cuantas botellas de vino añejo para el enfermo. María llorando de gratitud, decía:

—¡Oh, Dios! ¡Por todas partes hay hombres bondadosos, y justamente en los países más escabrosos se hallan los corazones más benévolos!

María estaba perennemente junto al lecho de su padre; pero no con las manos cruzadas. Era consumada en hacer calceta y coser, y trabajaba sin descanso para la familia de la labradora. Ni un instante quedaba ociosa, dejando extraordinariamente satisfecha a la labradora con su aplicación y porte decoroso y modesto. La mejor asistencia y alimento probaron grandemente al señor Jacobo, que presto se repuso en términos de poder levantarse. Como en toda su vida había podido estar parado, trató nuevamente de montar su oficio de tejer cestos. María le buscaba mimbres y ramitas de avellano. Su primera tarea fué hacer, en agradecimiento a la labradora, una cesta de asas bonita y fuerte, y le acertó perfectamente el gusto. La cesta salió elegante, firme y sólida. En la tapadera entretejió con algunos mimbres encarnados las iniciales del nombre de aquélla, juntamente con los números del año, y en la comba de la cesta dibujó una casita rústica hecha con mimbres teñidos de amarillo, oscuro y verde, techada de paja y con un par de abetos al lado. Todos los de la granja quedaron pasmados del lindo trabajo, y en especial la labradora se puso contentísima del presente, agradán-

dole mucho sobre todo la alusión a su granja, a que daban el nombre de Granja de los Abetos. Cuando ya estuvo Jacobo completamente restablecido, dijo al labrador y a su mujer:

—Ahora ya os hemos dado bastante molestia: tiempo es de que tome otra vez mi bastón.

Pero el labrador le cogió la mano, y dijo:

—¿Qué os ocurre querido Jacobo? Yo confío en que ninguna incomodidad os habremos causado. ¿Por qué, pues, queréis partir? Sois, sin duda, un hombre discreto; pero la ocurrencia no lo es.

La labradora se pasó el delantal por los ojos y añadió:

—Quedaos todavía en casa. Ya está muy vencido el año; reparad en las hojas de las breñas y árboles que se van dorando: Tenemos el invierno a la puerta. ¿Pretendéis a la fuerza caer nuevamente malo?

Jacobo aseguró que deseaba marchar solamente por no serles gravoso.

—¿Cómo gravoso?—dijo el labrador.— ¡No paséis cuidado por eso! En la salita no nos hacéis estorbo, y lo que gastáis merecido lo tenéis.

—Así es—dijo la labradora—. María sola se lo gana con las medias y la costura. Y en cuanto a vos, Jacobo, si queréis dedicaros a los cestos, mucha falta hay de ellos. Yo había llevado vuestro hermoso cesto conmigo cuando fui allá arriba para sacar de pila un niño a la molinera. Todas las labradoras que allí había desearían muy gustosas tener cestos semejantes. Yo os proporcionaré pedidos bastantes, y presto tendréis faena de sobra.

Jacobo y María se quedaron, y el labrador y la labradora tuvieron en ello el más sincero gozo.

CAPITULO X

ALEGRES DÍAS DE JACOBO Y MARÍA EN LA GRANJA DE LOS ABETOS

JACOBO y María se acomodaron entonces en la pequeña vivienda para gobernarse conforme a sus deseos en menaje aparte. Proveyeron la salita con los más preciosos muebles, y la cocina, con batería de barro. María se creyó feliz poniéndose otra vez a las hornillas a guisar para su padre. Vivían juntos muy complacidos, y mientras Jacobo hacía cestos y María se ocupaba con la calceta o la costura, tenían sus conversaciones familiares. Muchas noches pasaban también a la sala de delante; donde el labrador y la labradora con todos los de la casa oían con el mayor recreo los sensatos discursos o instructivos cuentos de Jacobo, pasando así muy divertidos el invierno y sus borrascas.

Inmediato a la casa de los labradores había un gran pedazo de huerta que no estaba labrado con el mayor esmero. Por razón de los quehaceres del campo, no quedaba tiempo al labrador ni a la labradora para trabajar adecuadamente la huerta, ni lo entendían mucho tampoco. Jacobo decidió convertir aquello en una buena huerta, para lo cual había hecho sus preparativos en el otoño y apenas se derritió la nieve de primavera, trabajaba en la tierra con María desde por la mañana hasta bien oscurecido. Dividió la huerta en bancales; éstos fueron plantados de muchas verduras, poniendo además por las orillas mucho toronjil y rociando por los caminos muy limpio casquijo. María no sosegó hasta que el padre, juntamente con las semillas de legumbres que compraba en la

villa, le llevó también algunos pies de rosales, bulbos de azucenas, estaquitas de varias plantas y semillas de adelfa y de otras flores bonitas. Crió nuevamente las más preciosas flores, que nunca se habían visto por aquellos ásperos y apartados terrenos. Presto la huerta se cubrió de verdor tan magníficamente, que adornaba con el más gozoso aspecto todo aquel sombrío valle. También el huerto de frutales prosperó bien bajo la mano de Jacobo y produjo más exquisitas frutas, pues parecía caer una bendición en cuanto ejecutaba.

El antiguo hortelano recobró otra vez su festivo humor y hacía nuevamente sus observaciones acerca de las flores y plantas. Pero no siempre reproducía las conocidas, sino que regularmente sabía decir algo de nuevo. En los primeros días de la primavera María había registrado mucho el zarzal que cerraba el terreno de la huerta en busca de violetas para su padre, como acostumbraba en otro tiempo cuando le llevaba el primer ramito. Al fin encontró algunas muy hermosas y fragantes, y se las presentó llena de contento.

—¡Bravo!—dijo el padre al tomar sonriendo el ramito.

—Quien busca, halla.

—Mas oye—prosiguió—: es muy digno de reparo que las graciosas violetas, estas deliciosas flores crezcan con tal preferencia entre las espinas, lo cual me parece muy significativo para nosotros. ¿Quién hubiera creído en todo el mundo que en este sombrío valle y bajo estos envejecidos techos de paja cubiertos de musgo habíamos de hallar tantos goces? Ninguna condición de la vida es tan espinosa que deje de tener ocultos entre las espinas algunos silenciosos goces. Conserva siempre, hija mía, un corazón bueno y piadoso, y, por mal que te vaya, nunca te faltará un tranquilo e interior contento.

Fué a la granja un día cierta mujer de la villa para

comprar lino a la labradora, y llevaba consigo un niño pequeñuelo. Mientras examinaba el lino, lo reconocía y ajustaba, metióse el muchacho por la puerta abierta del huerto, y asiéndose con ambas manos a un rosal para despojarlo, se arañó todo lastimosamente. A sus gritos acudieron al huerto la madre y la labradora con Jacobo y María, que se hallaban allí. El niño estaba dando alaridos y con las manos ensangrentadas junto al rosal, maldiciendo de las perversas y engañosas flores.

—En eso—dijo Jacobo—también nosotros somos a veces niños grandes. Todo goce tiene alrededor de sí sus espinas, como las rosas, y a él nos abalanzamos igualmente con ambas manos. Unos se dan al baile y al juego; otros, a la embriaguez, y aun a cosas peores. Después se paran, y entonces lloran, se quejan, acusan a los goces. ¡No os dejéis imprudentemente seducir por las bonitas rosas! El hombre, supuesto que tiene razón, no debe seguir meramente sus apetitos, sino siempre obrar con previsión y cordura.

Una hermosa y alegre mañana de estío, después de un par de días de lluvia, fué María con su padre al huerto. Halló la primera azucena abierta, y al reflejo del sol que salía brillaban graciosamente muchas flores. Llamó a la gente de la casa para que viesan florecer las azucenas, y todos se maravillaron.

—¡Qué hermosa está de blanca y clara; qué pura y sin mancha!—decía la labradora.

—¡Ojalá que el corazón de todos los hombres fuese tan puro y sin mancha!—dijo Jacobo conmovido.—Eso sería una gozosa vista para Dios y sus ángeles, porque sólo un corazón limpio está enlazado con el cielo.

—¡Qué hermosa está; qué derecha, suelta y levantada!—decía el labrador.

—Como un dedo que señala al cielo—decía Jaco-

bo—. Las tengo con mucho gusto en el jardín. En todo huerto de labrador debe haber algunas azucenas. Precisos como estamos a escarbar siempre la tierra, olvidamos fácilmente el Cielo; pero esta flor hermosa y derecha puede advertirnos que en todas nuestras fatigas y trabajos debemos mirar arriba y buscar otra cosa todavía mejor que plantas—continuó con fervor y energía—. Hasta las hierbas más menudas se yerguen: la que es demasiado endeble para levantarse derecha por sí misma, como las habas y el hombrecillo, allá en la cerca se retuercen y elevan encaracoladas. ¡Doloroso fuera que sólo el hombre quisiera siempre arrastrarse por el suelo con sus pensamientos, deseos y esperanzas!

Un día plantaba Jacobo tiernos piececitos en un bancal de la huerta recién cavado, y María escardaba las malas hierbas en otro bancalito contiguo.

—Esta doble tarea, querida hija—dijo el padre—, debe ser la única ocupación de toda nuestra vida. Nuestro corazón es también un jardín que Dios nos ha dado a cuidar. Siempre debemos estar ocupados en plantar en él cosas buenas y en desarraigar las malas semillas; de lo contrario, se embrutece. Pero el que dirige bien estas dos operaciones e implora siempre la bendición de Dios, de quien emanan el sol, el rocío, la lluvia, el desarrollo y la prosperidad, cultiva en sí el más bello jardín, lleva en su interior un paraíso.

Jacobo y María, entre la aplicación y el trabajo, instructivas conversaciones y muchos inocentes goces, habían ya pasado tres primaveras y tres estíos en la Granja de los Abetos, muy placentemente y casi olvidando por completo sus anteriores penas. Pero al volver el otoño, cuando el sol de mediodía ya producía largas sombras, florecían los amelos encarnados y azules, últimos adornos del jardín; cuando las hojas de los árboles se teñían de colores abigarrados y todo

el huerto propendía al reposo del invierno, Jacobo experimentó un notable decaimiento de fuerzas. Lo ocultó a María, indudablemente por no darle pesadumbre, pero en sus observaciones acerca de las flores había algo de doloroso que muchas veces traspasaba el corazón de María.

Contemplaba una vez María cierta rosa que se había atrasado y que con plena flor lucía en el otoño. Quiso cogerla; pero las purpúreas hojas cayeron repentinamente entre sus manos y quedaron esparcidas por el suelo.

—¡Así es el hombre!—dijo el padre.— En la juventud somos, seguramente, como una rosa recién florida; pero también nos marchitamos pronto como las rosas y nuestra florecencia pasa muy rápidamente. No te pagues, querida hija, de la frívola y pasajera hermosura del cuerpo; atiende a la hermosura del alma, a la virtud, que nunca se marchita.

Estando una tarde Jacobo en la escalera de mano cogiendo manzanas en un árbol y alargándoselas a María, que las colocaba cuidadosamente en un cesto, habló en estos términos:

—¡Qué desagradablemente sopla el vientecillo del otoño contra los rastrojos! ¡Cómo juega con las hojas amarillas, a la par que con mis canas! Mi otoño, querida María, ya llegó, y el tuyo también llegará: haz de modo que seas como este árbol, rica en buenos frutos, y que el Señor pueda alegrarse de tí en su grande huerto, que es este mundo.

En otra ocasión, mientras que María ponía semillas en la tierra, el padre dijo:

—Así también, hija mía, nos meterán algún día en la tierra, y con tierra nos cubrirán. Pero consuélate, porque así como en un hoyito enterrada la simiente comienza a vivir, elevándose después sobre la tierra con la forma de una bella flor y levantándose como triunfante del sepulcro, de la misma suerte nosotros

también algún día saldremos bellos y gloriosos de nuestra tumba. Quiero hacerte, querida María, un encargo para cuando me sepulsen. Las flores que entonces plantarás sobre mi sepultura te han de servir como símbolos de la resurrección e inmortalidad.

María miró a su padre y asomaron dos gruesas lágrimas a sus ojos. Sobrecogióse, y funestos presentimientos afligieron su corazón.

CAPÍTULO XI

ENFERMEDAD DE JACOBO

AL principiar el invierno, que se declaró muy riguroso y cubrió la montaña y el valle con una profunda capa de nieve, el buen Jacobo se puso, efectivamente, muy malo. María suplicó que mandasen llamar al médico de la villa inmediata, y el bondadoso labrador armó el trineo para ir él mismo a buscarle. El médico ordenó remedios al enfermo, y María salió acompañándole hasta la puerta. Le preguntó si confiaba en que su padre se pondría bueno, y el médico le contestó que verdaderamente no había por entonces ningún peligro; pero que la enfermedad pasaría a una consunción, y que, llegado este caso, a su edad no había que pensar en restablecerle. María medio se desmayó, rompiendo a llorar y suspirar. Enjugó no obstante el llanto y procuró alegrarse antes de entrar otra vez en el cuarto de su padre, por no apesadumbrarle. La buena muchacha cuidó a su caro padre con el más singular esmero. Hizo todo cuanto podía creer que deseaba, veló junto a él largas noches enteras, y cuando los demás querían quedarse por ella para que no enfermase también, después de muchas instancias echábase un poco sobre el banco y rara vez podía pegar los ojos. Solamente conque tosiera su padre, se sobresaltaba, y a cualquier movimiento que hiciese, acudía para examinar cómo estaba. Le aderezaba y servía los manjares con amor ternísimo, recomponía bien su cabecera y leía sentada enfrente de él; rogaba continuamente a Dios por su salud y muchas veces, mientras el enfermo dormía un poco, se ponía en pie con las

manos cruzadas y levantados los ojos húmedos al cielo y suspirando junto al lecho decía:

—¡Dios mío, consérvamelo todavía siquiera unos años más!

Con el trabajo de sus manos, haciendo calceta o cosiendo, muchas veces infatigablemente hasta la media noche, había hecho sus ahorros; pero gastó hasta el último ochavo para costear todo cuanto podía proporcionarle algún pequeño consuelo.

El piadoso viejo, repuesto un poco, a la verdad, si no para sentirse bastante bien, al menos para no sucumbir a la enfermedad, estaba muy tranquilo y resignado. Habló de su muerte con la mayor serenidad; pero María, entre lágrimas copiosas, dijo:

—¡Ah, querido padre, no habléis todavía de eso! ¡Yo no me atrevo a pensar en tal cosa! ¿Qué sería de mí entonces? ¡Ay! Vuestra pobre María ya no tendría a nadie en la tierra!

—No llores, querida niña—dijo el padre; y le presentó cariñosamente la mano fuera de la cama—. Tú tienes, indudablemente, un buen Padre en el cielo. Contigo queda cuando te sea quitado el padre de la tierra. Mi menor cuidado es cómo te mantendrás y ganarás la vida en el mundo. Las aves hallan también su alimento: ¿por qué no has de encontrarle tú? Abrigo da Dios a los gorriones: ¿por qué no ha de dártelo también? El hombre necesita de poco, y aun esto para poco tiempo. ¡Ah, otros cuidados son los que me angustian! Mi cuidado único es si podrás permanecer siempre tan religiosa, buena e inocente como, gracias a Dios, has sido hasta el presente. ¡Ah, mi querida hija; todavía ignoras enteramente qué malo y corrompido es el mundo y qué hombres hay tan depravados! Desgraciadamente, hay hombres que tendrían por una mera diversión robar-te con engaño, ¡pobre niña!, la inocencia, la honra, el reposo del corazón, y hasta la felicidad de tu vida



El bondadoso labrador armó el trineo para ir él mismo a buscarle.

entera. Te llamarán pueril si les hablas del temor de Dios, de la conciencia, de los preceptos divinos y de la eternidad. ¡Ah! ¡Huye de semejantes hombres! Si te dicen hermosa, y te adulan, y revolotean alrededor tuyo como las mariposas en torno de las flores, no los oigas ni les hagas caso. Nunca tomes un regalo suyo, ni des crédito a sus promesas. Bajo el aspecto de un ángel encúbrese muchas veces un Satanás, y la serpiente duerme con preferencia entre las flores. Escucha: Dios, para tu amparo, te ha dado un leal ángel, *el sacrosanto rubor*. Cuando alguien pretenda de ti una maldad o te diga una palabra contraria a la inocencia y puras costumbres, has de sentir en tus mejillas el ardor de la vergüenza. Aconséjate con este ángel de la inocencia; no le disgustes, para que de ti no se aparte. Mientras él te acompañe y te dejes amonestar por él, segura estarás de seducción; pero al punto que, contrariando sus avisos cedas una sola vez a la menor pretensión ilícita, ya estarás en peligro de perderte para siempre. ¡Oh, María! En tu propio corazón se despertará un enemigo. Tendrás momentos en que sentirás placer en la maldad, y en que te dejes persuadir de que no hay tanta maldad en ciertas acciones, o de que son enteramente lícitas y libres de pecado. Pero toma estos consejos y graba profundamente en el corazón estas palabras de tu moribundo padre. Nada obres, digas ni pienses que pudiera causarte rubor si tu padre lo supiese. Presto se cerrarán para siempre mis ojos; ya no podré guardarte por más tiempo; pero acuérdate de que tu Padre celestial está viéndote desde todas partes y constantemente mira a tu corazón. Seguramente te horrorizarías de disgustarme a mí, que soy tu padre en la Tierra, con un proceder irregular: horrorízate y teme infinitamente más desagradar a aquel que es tu Padre amado en el cielo. Atiende más aún, María. ¡Ah! Si alguna vez por acaso estuvieses en la tentación

de obrar mal, acuérdate de mi pálido rostro, de estas lágrimas mías, que corren por mis descarnadas mejillas. ¡Ven: pon tu mano entre las mías, yertas y consumidas, que pronto se volverán polvo! Prométeme no olvidar mis palabras. En las horas de tentación figúrate que mi fría mano te retrae del precipicio. Buena niña, tú contemplas mi pálido y descarnado rostro. ¡Ah! ¡Considera en él cuán pasajero es todo en la Tierra! Yo también tuve algún día una cara florida, encarnada y lozana, como la que tienes tú ahora: también tú algún día estarás tan pálida y consumida como yo lo estoy ahora aquí en mi lecho de muerte, si Dios antes no dispone otra cosa y no te quita prematuramente del mundo.

»Los goces de mi mocedad son como las flores, de efímera duración y pronto convertidas en polvo que se lleva el aire; como el rocío para las flores, que sólo brilla instantes y se evapora presto. Las nobles acciones, por el contrario, son como las piedras preciosas que tienen un valor permanente; de modo que la virtud, una buena conciencia, iguala a la más preciosa de todas las piedras, al diamante, que ningún poder humano alcanza a destruir. Aspira a estos tesoros. Lo bueno que hice constituye ahora mi único goce, y aquello en que falté es solamente lo que ahora me atormenta. Querida niña, piensa en Dios, camina siempre como a su vista y tenle constantemente en tu corazón: en él hallé yo mis más gratas fruiciones, y durante mis penas, el mejor, el único consuelo. María, créeme: yo digo la verdad. Si de otra suerte fuera, te lo diría. Yo he visto el mundo tan de cerca como cualquiera cuando fuí de viaje con el Conde. También fuí a las ciudades más grandes, en que no se veía más que magnificencia y lujo. Empleaba toda la semana en diversiones, pues asistía con el mismo Conde a las lucidas funciones, a las abigarradas máscaras, viéndolo todo como él y oyendo la

estrepitosa música, las conversaciones y chanzas demasiado libres. De los delicados platos y exquisitos vinos siempre sobraba para mí más de lo que yo podía necesitar; pero aquellos goces turbulentos dejaron vacío mi corazón. Yo te aseguro que una sola horita de recogimiento tranquilo en la enramada de nuestro jardín de Eichburgo, o también aquí bajo esta techumbre de paja, ha dado siempre a mi alma un placer más íntimo que todos aquellos goces. Busca, por tanto, también en Dios tus goces, y los hallarás en riquísima abundancia.

»Tú sabes muy bien, querida hija, que no me han faltado pesares en la vida. ¡Ah! Cuando murió tu madre, mi corazón quedó por largo tiempo como los mustios y secos bancales del huerto, que se llenan de grietas con el dilatado ardor del Sol y claman por lluvias. Así desfallecía yo sin consuelo; pero lo hallé en Dios. ¡Oh, hija! Vendrán días de tu vida en los cuales tu corazón también se pondrá como una tierra mustia y seca; pero ten ánimo entonces. No sin motivo se seca la tierra con la falta de lluvia: Dios le envía en tiempo oportuno. Busca tu consuelo en Dios. Este consuelo aliviará tu corazón como una lluvia suave y refrescante para el terreno agotado por la sequía.

»Ten constantemente, hija querida, firme e inalterable confianza en la divina Providencia. Dios encamina todo a lo mejor para aquellos que le aman, y al través de las penas los conduce hasta las satisfacciones. Ya sabes, querida María, qué gran pesar tuviste cuando yo, con nuestro fatigoso viaje y hallándonos descaminados, caí gravemente enfermo. Considera que Dios se valió de aquella enfermedad para proporcionarnos este pacífico albergue, en que ya hemos vivido placentemente tres años con estos buenos labradores. Sin tal enfermedad, ni nosotros hubiéramos venido a su puerta, ni su compasión habría sido

tan vivamente excitada. Nos hubieran dado una taza de leche fresca y un pedazo de pan, y en seguida nos habrían dejado marchar otra vez.

»Sin aquella enfermedad, nosotros y estas buenas gentes no habiéramos podido conocernos con tanta intimidad, ni profesarnos mutuamente tanto cariño. Todos los goces que hemos disfrutado aquí, el bien que tal vez hayamos traído, los muchos centenares de días de contento vividos en este suelo, ha sido una bendición que tuvo origen en aquella enfermedad. De esta suerte, querida María, pudiéramos también ver en los tristes acaecimientos de nuestra vida el favor de Dios. A la manera que Dios en la montaña y en el valle, en los bosques y en los ríos, hasta en los pantanos y en las lagunas, ha esparcido con pródiga mano sus florecitas para que por todas partes pudiéramos reparar en sus bienes y en sus gracias, así también ha sellado patentemente todos los sucesos de nuestra vida con las huellas de su sabiduría, de su amor y conmiseración, de manera que todo ánimo atento pueda observarlos y hallar en ellos consuelo y satisfacción. Cualquiera persona puede verificar esto en su vida particular, si la repasa con algún cuidado.

»Nuestra gran pesadumbre fué, ciertamente, cuando te culparon de aquel robo, cuando entre cadenas y lazos estabas sentenciada a muerte, y juntos llorábamos y nos lamentábamos en tu prisión. Sin embargo, aquella enorme pena te acarreó, sin duda, un gran bien: sí, y creo que ya es visible aquel beneficio. Cuando por entonces la Condesita te distinguía entre todas las muchachas, te honró con su compañía, te regaló el hermoso vestido y quería tenerte siempre junto a sí, parecías ser dichosa; pero ¡cuán fácilmente los honores, devaneos y lujo te hubieran hecho desdichada, frívola, sensual y distraída de Dios! Dios, que, con todo, meditaba para nosotros cosas muy buenas, lo dispuso de otra suerte y nos

envió aquella desgracia. En la miseria, en la cárcel y en nuestra peregrinación hemos aprendido a conocer mejor y a acercarnos más a él. Lejos de las disipaciones y de la corrupción del mundo, en este escabroso país, Dios te preparó un rinconcito mejor, pues has medrado como la flor del solitario desierto preservada de manos pecaminosas.

»De todos los padecimientos aún te guiará el bueno y caro Dios a mayor mejora. Confío positivamente en que habrá oído esta mi plegaria, y también en que pondrá de manifiesto tu inocencia; y si yo no vivo lo bastante para eso, tampoco es necesario para mi sosiego, pues ya sé que eres inocente. Sí, María: dicha y contento nacerán para tí de entre aquellas sufridas penas, y todavía vivirás sobre la Tierra días apacibles, aunque la felicidad terrenal sea tan pequeña y el gran designio con que Dios nos envía los pesares no sea cumplido hasta subir al Cielo.

»Así, pues, buena alma, no te atormentes con cuidados si llegas a estar en necesidad, y cree que Dios cuida amorosísimamente de tí, y que tus cuidados son superfluos. Juzga siempre que has de ir adonde su santa Providencia te encamine, por dura condición que sea, y dí: ¡Este es el mejor paraje, la más saludable condición para mí, por mal y desdichadamente que me vaya! Cree que semejante condición habrá de serte indispensable para ejercer la virtud y hacerte alguna vez feliz.

»Así como un hortelano pone cada planta en el paraje que halla más a propósito para la misma, y así como la cultiva solamente del modo que es más conveniente para su crecimiento y prosperidad, de la propia suerte Dios da en el mundo a cada hombre aquel lugar y situación que son más conducentes para su medro en lo bueno.

»He aquí, amada María, cómo todos los pesares que hasta ahora has tenido, incluso los de mi pos-

trera enfermedad y muerte, te servirán de beneficio.

»Buena hija, como acabo de pronunciar la palabra muerte, prorrumpes de nuevo en llanto. ¡Oh, no llores! ¡No tengas a la muerte por nada espantosa! Hay en ella mucho más de regocijo. Querida hija, una vez más hable yo contigo como en otro tiempo, cuando trabajábamos juntos en nuestro jardín de Eichburgo. Ya sabes cómo está un tablerito recién hecho. Débiles y ruines aparecen las plantitas apiñadas en el estrecho y anegado bancal; todavía no se distinguen en ellas ni las preciosas flores ni los sabrosos frutos con que más adelante se adornarán; pero si continuasen encerradas en el pequeño y miserable bancal, no darían flores ni frutos, no teniendo para ello el suficiente espacio. El hortelano no las deja permanecer allí, expuestas a dañarse unas a otras, sino que las saca al raso, al aire libre bajo el hermoso y azulado cielo de Dios, a fin de que, regadas con las lluvias y el rocío de la atmósfera y animadas por los dorados rayos del Sol, puedan lucir un día magníficamente. Tú te regocijabas cuantas veces yo entresacaba las posturas; me advertías muchas veces que no lo retardarse más, porque las pobres plantitas estaban demasiado estrechas en el remojado bancal; te ponías alegre cuando pasaban a otra tierra, y decías: «¡Qué bien estarán ahora!» ¡Se me figura que las estoy viendo! También somos los hombres débiles y pobres plantitas: nuestra tierra es un tablerito reducido y encharcado, y nuestra morada no es aquí en la Tierra, donde no somos otra cosa que miserables y ruines plantas; pero habrá para nosotros alguna cosa mejor y más magnífica: otra tierra adonde Dios nos trasplante; el Cielo, que es su vasto, bello y glorioso jardín.

»¡No llores, querida hija! Ya me hallo mejor. ¡Qué contento estoy por ir pronto con Dios! ¡Qué bien estaremos cuando nos hayamos desprendido de este cuerpo, que tantos tormentos nos acarrea! Querida

María, aún te acordarás del indecible placer que en las hermosas mañanas de primavera solíamos tener en nuestro florido jardín. También el Cielo es comparable al más bello de todos los jardines, en el cual reina una eterna primavera. Ahora iré a aquellas hermosas regiones: sé también virtuosa, para que nos veamos otra vez allá. Aquí hemos pasado juntos muchas penas y agitaciones, y con lágrimas nos separamos; mas allí moraremos en gozo y bienaventuranza uno junto a otro, y nada volverá a separarnos. Allí veré otra vez a tu madre. ¡Cuál será entonces mi contento! ¡Ah, María! Consérvate virtuosa y buena; y si te fuere bien en la Tierra, no olvides por estos goces fugitivos aquellos goces eternos. Algún día tu madre y yo, llenos de gozo, saldremos a recibirte y te pondremos en medio de nosotros dos. ¡No llores más, hija querida, y alégrate desde ahora para entonces!»

Así aprovechaba el piadoso padre los últimos días de su vida para consolar a la hija que había de dejar sola en el mundo, y de esta suerte la alejaba de la corrupción de la sociedad. Cada una de sus palabras era una buena semilla que caía en un terreno excelente.

—Sin duda—decía—, querida hija, te habré apesadumbrado y hecho derramar muchas lágrimas; pero éstas son beneficiosas. Lo que así es sembrado entre llantos arraiga más fácilmente y prospera mejor, del mismo modo que la sementera hecha en primavera si en seguida le cae una lluvia benigna y suave.

CAPÍTULO XII

MUERTE DE JACOBO

INMEDIATAMENTE que se hizo peligrosa la enfermedad de su padre fué María a Erlenbrunn, a cuya parroquia pertenecía la Granja de los Abetos, y anunció al señor cura que su padre estaba enfermo. El señor cura, noble y respetable eclesiástico, visitó muy frecuentemente al enfermo; tenía con él bellas y edificantes conversaciones, y también consolaba siempre a la pobre María muy cariñosamente.

El buen Jacobo se acercaba más y más a su fin. El labrador y la labradora, que le amaban como a su mejor amigo y bendecían la hora en que había ido a su casa, le hicieron todo el bien que es imaginable. Más de diez veces al día entraban en la salita, ya el labrador, ya la labradora, para ver cómo se hallaba. María casi siempre les preguntaba:

—¿No os parece que todavía puede restablecerse?

La labradora le respondió una vez:

—¡Ah, hija mía! ¡No pasará del tiempo en que brote la hoja a los árboles!

Desde entonces con recelo y temblor María miraba al huerto por la ventanita de la sala. Antes la había llenado siempre de gozo la avenida de la primavera; mas a la sazón observaba con pesar las primeras tiernas hojitas del grosellero y las abultadas yemas de los árboles, y oía con espanto los alegres gorjeos del pinzón. Las campanillas blancas que comenzaban a brotar le servían de funesta perspectiva.

—¡Ay, Dios mío!—decía.— ¡Todo resucita de nue-

vo y toda la Naturaleza espera: solamente mi padre ha de morir sin remedio! Con todo, según el dicho de Jesús, no muere enteramente, sino que sólo sacude esta vestimenta de polvo, y allá arriba empezará a vivir completamente bien.

El devoto anciano gustaba mucho de que María le leyese a menudo, lo cual hacía con muy dulce voz y con la mejor entonación. En los últimos días de su enfermedad nada oía con más gusto que las postreras palabras de Jesús. Una vez, por la noche, María velaba sola junto a él. Entraba por la ventana en la piececita una luna tan clara, que apenas alumbraba la pequeña lamparilla.

—María—dijo el padre—, vuelve a leerme la hermosa oración de Jesús.

La joven encendió una vela y la leyó.

—Ahora dame el libro—dijo—y alúmbrame.

María le alargó el libro y se acercó con la vela encendida.

—Esta—dijo—será mi última oración contigo.

Señalaba el libro y rezaba, al paso que con voz descompuesta se aplicaba a sí mismo y a su hija estas palabras:

—Padre, ya no estoy en este mundo; pero en él queda ésta por algún tiempo todavía. Confío en irme contigo. Tú, santísimo Señor, presérvala de la corrupción. Mientras he estado con ella en el mundo, procuré preservarla en nombre tuyo; mas ahora parto hacia tí. No te ruego que la saques del mundo, sino solamente que la guardes de los males. Manténla en tu santa verdad. Padre, concede a esta hija que tú me regalaste el que también algún día venga adonde yo ahora confío ir. Amén.

María, de pie junto a la cama, lloraba mientras con trémula mano acercaba la vela, y sollozando repetía:

—Amén.

—Sí, querida hija—continuó el padre—; allí vere-

mos a Jesús en su gloria, en la que Dios le ha dado antes de la creación del mundo: allí también volveremos a vernos.

Recostóse nuevamente en la almohada para reposar un poco, teniendo aún en la mano el libro, que era el Nuevo Testamento. El pobrecito lo había comprado con los primeros dineros sobrantes que después de su expulsión de Eichburgo había podido ahorrar quitándoselo de la boca.

—Querida María—dijo pasado un breve rato—, te doy las gracias también por el amor que me has mostrado en esta mi última enfermedad. Has guardado fielmente y con alegre corazón el cuarto mandamiento. Por lo que has hecho conmigo, cree, María, que te irá bien, aunque haya de dejarte en este mundo pobre y desamparada. Nada más puedo darte que mi bendición y este libro. Consérvate, querida hija, buena y virtuosa, para que no sea vana esta bendición. La bendición de un padre que confía en Dios es para los hijos buenos más que una rica herencia. Toma este libro en memoria de tu padre. Es verdad que me costó solamente algunos cuartos; pero si lo lees con aplicación y sigues sus máximas, te lego, con los pocos cuartos que empleé en él, un gran tesoro. Si te dejase más escudos que flores y hojas nacen por primavera, ni con todo este dinero podrías comprar una cosa mejor; pues aquí está contenida la palabra de Dios, que en sí lleva la virtud de hacer dichosos a todos los que en ella creen. Todas las mañanas, puesto que para ello también se puede hallar tiempo en medio de las penas y tareas, lee por lo menos una sentencia y retenla por el día en tu corazón para meditarla. Oye, esta sentencia, «Considerar los lirios del campo», me dió más instrucción que cuantos libros leí en mi juventud. Además, me sirvió de manantial de mil goces inocentes, y en medio de las muchas aflicciones que me han llenado de inquietudes, puesto

en desmayo y abatimiento, siempre me conservó el ánimo sereno y festivo.

A las tres de la madrugada dijo el padre:

—María, me siento mal; abre un poco la ventana.

Abrióla María. La Luna había ya traspuesto; pero las estrellas lucían con indecible hermosura.

—¡Mira qué bello está el cielo!—dijo el padre.—
¿Qué son las flores de la Tierra en comparación de aquellas inmutables lumbreras? Allá iré yo ahora. ¡Oh! ¡Qué contento estoy! ¡Vive religiosamente, para que también tú algún día vengas allí!

Dichas estas palabras, se echó otra vez en la cama y expiró dulce y venturosamente. María entendió que era un desmayo, pues nunca había visto a nadie en agonía, y nadie tampoco hubiera creído tan próximo su fin. Ágitóse mucho María, despertó a la gente de la casa, y todos acudieron al lecho de muerte. Cuando María comprendió que realmente estaba muerto, se abrazó al cuerpo de su padre con amargo llanto, y besó aquel pálido semblante.

—¡Oh, buen padre mío—decía—; cómo puedo pagarte lo que has hecho conmigo! ¡Ah! ¡Es imposible! ¡Yo te doy gracias por aquellas palabras, por aquellos buenos consejos que tus labios ya pálidos me dieron! ¡Con sincero reconocimiento beso tu fría y yerta mano, que tamaños beneficios me dispensó, que tanto trabajó por mí y que en los años de mi niñez también me corrigió paternalmente! ¡Ahora bien conozco cuánto me quisiste en aquello mismo, y cuán saludable me fué! ¡Ah! ¡Recibe las gracias por todo, y perdona si te incomodé con pueriles liviandades! ¡Oh Dios! ¡Recompénsale su amor! ¡Ah! ¡Si yo pudiera ahora exhalar también mi alma, y enviarla en pos de tí! ¡Haz, oh Dios, que mi muerte sea también algún día como la de este justo! ¡Ah! ¡Nada, nada absolutamente es esta vida en la Tierra! ¡Qué bueno es que

haya un Cielo, una vida eterna! ¡Ahora éste es mi único consuelo!

Lloraron todos los circunstantes, y al fin la labradora, después de muchos ruegos y persuasiones, logró de María que la siguiese. María no consintió que se opusieran a sus últimos deberes para con su padre.

La noche siguiente veló constantemente junto al cadáver de su padre, pasándola toda hasta el amanecer leyendo, llorando y rezando. Antes que cerrasen el ataúd, contempló aún el cadáver por la vez postrera.

—¡Ah!—dijo.— ¡Ya no veré más tu venerable rostro! ¡Oh! ¡Adiós, adiós, buen padre!

Y suspirando añadió:

—¡Dulcemente descansen tus huesos! Confío en que el ángel de Dios ya habrá llevado tu espíritu al reposo del Cielo!

Había compuesto un ramito con un tallo de romero y violetas de azul subido, y lo puso entre las manos del cadáver del devoto jardinero, que tanto había sembrado y plantado.

—Estas tempranas flores de la tierra que acaban de resucitar—dijo María—, sean el ejemplo de tu venidera resurrección, y este romero, siempre verde, un símbolo de mi constante y tierno recuerdo de tí!

Al clavar el ataúd, cada martillazo traspasaba de tal manera su corazón, que casi quedó desmayada. La labradora la llevó a otro aposento y le rogó que se acostase un poco en la cama para procurar restablecerse.

En el entierro, María, con un vestido de luto que una caritativa muchacha del lugar le había prestado, iba detrás del cadáver de su padre. Estaba pálida y descolorida como una muerta: todos tuvieron lástima de la pobre huérfana desamparada, que ya quedaba sin padre ni madre. Como el padre de María era forastero en Erlenbrunn, se abrió la sepultura en un ángulo del campo santo y contiguo a la pared del pa

tio de la iglesia. Hacíanle sombra dos grandes abetos que sobresalían por detrás de la tapia. El párroco hizo una interesante oración fúnebre sobre estas palabras de Jesús: «Siempre que las simientes del trigo caigan en la tierra y no se corrompan, ningún fruto dan; pero si se corrompen, dan mucho fruto». En ella habló de que el difunto había soportado con resignación y paciencia sus males y ofrecido a cuantos le vieron un bello ejemplo que imitar; dijo cosas de mucho consuelo para la contristadísima huérfana, dió las gracias en nombre del difunto padre a los generosos labradores por todo el amor que habían mostrado al mismo, y los exhortó a que hicieran las veces de padre y de madre con la hija, entonces enteramente desamparada.

María visitaba la sepultura cuantas veces iba al oficio divino de la parroquia de Erlenbrunn, y también siempre que podía por las tardes, poniéndose allí a llorar y rezar, y decía:

—¡En ninguna parte como aquí puedo rezar tan de corazón! ¡Ya nada es para mí el mundo entero! ¡Conozco que pertenecemos a un mundo mejor, y esto en mí excita un vivo deseo de ir a aquella patria!

Nunca se desprendía su alma de la religiosa meditación en la tumba, del desprecio de los placeres del mundo, para vivir sólo en Dios y en la virtud, con la santa esperanza de juntarse otra vez con su padre al pie del trono de Dios.

CAPÍTULO XIII

NUEVOS QUEBRANTOS PARA MARÍA

DESDE entonces María se hallaba siempre muy triste. Se figuraba que todas las flores habían perdido sus vivos colores, y los abetos de la granja le parecían tan oscuros y ennegrecidos como si estuviesen cubiertos de luto. El tiempo, en verdad, mitigó el dolor de María; pero presto vinieron sobre ella nuevos pesares.

Después de la muerte de su padre, cambiaron mucho las cosas en la Granja de los Abetos. El labrador y la labradora habían traspasado la granja a su hijo único, hombre honrado y pacífico; pero la nuera, dotada de peregrina hermosura y mucha riqueza, sobre estar envanecida de bonita, no se gobernaba por más impulso que el dinero. La soberbia y la avaricia se retrataron poco a poco en su semblante con tal vehemencia que alteraron su hermosura, dándole un aspecto muy ruín. Si alguna cosa agradaba a sus suegros, negábase redondamente a hacerla, y los trataba con repugnancia. Les ocasionaba mil disgustos y les contaba hasta los bocados que comían. Los buenos viejos se retiraban a la sala posterior e iban muy poco a la pieza de delante. Al marido no le iba mucho mejor. La grosera esposa le dirigía las más agrias expresiones, y cien veces al día echábale en cara el gran capital que ella había traído. A él no le gustaba pasar todo el día en altercados y pendencias, y tomaba el partido de callar y sufrir. Nunca le consentía que visitase a sus ancianos padres, pues temía que, como ella solía expresarse, les *alargara* secretamente alguna cosa. Con el corazón sobresaltado y sólo de

noche, después de acabado el trabajo, se atrevía a ver a sus padres. Casi siempre tristes, se sentaban juntos en el banco.

—Sí, sí—decía el anciano labrador—, así es. Tú, mujer, te dejaste deslumbrar con el mucho dinero; tú, hijo mío, te prendaste de las encarnadas mejillas, y yo fui condescendiente a vuestros ruegos. De esta suerte los tres nos vemos ahora castigados unos por otros. Nosotros debíamos haber seguido el buen consejo del anciano Jacobo. Nunca pareció bien este casamiento a aquel hombre discreto, aunque tampoco pronunció jamás una palabra sobre él. Yo todavía tengo muy presentes sus expresiones y mil veces he pensado en ellas. Mujer ¿te acuerdas tú todavía? Una vez dijiste: «Pero diez mil escudos son también un bonito dinero», y Jacobo dijo: «El dinero nada tiene de bonito: las flores del jardín que se ven por esa ventana son mil veces más bonitas. Un dinero pesado que rréis decir quizás. Esto es muy cierto, y se necesita recias espaldas para llevarlo y para que no le aplaste a uno contra el suelo, convirtiéndolo al que se cargue con él en hombre estropeado, miserable y dado enteramente a lo terrenal. ¿Cómo es que aspiráis a tener tanto dinero? Hasta ahora nada os ha faltado y aún habéis tenido algo sobrante. Creedme, los demasiados bienes dan arrogancia. Por muy provechosa y necesaria que sea la lluvia, si es en exceso, puede estropear las mejores plantas del huerto». Las palabras del buen Jacobo se han cumplido al pie de la letra, y aún me parece estarlo oyendo. Y tú, hijo mío, exclamaste también: «¡Si es una muchacha tan guapa y fresca como una rosa!» Y el prudente Jacobo dijo: «Pero una flor no es solamente hermosa; reúne también a la hermosura su bondad. Las flores seguramente nos dan los más nobles regalos, la blanca cera y la exquisita miel. Una cara hermosa sin virtud es una rosa de papel, un ser miserable, inanimado, sin fragancia ni vida, sin

cera ni miel». Esto decía el honrado Jacobo; nosotros no quisimos darle oídos entonces, y ahora nos convencemos. Lo que nos pareció una gran fortuna es una enorme calamidad. Dios nos dé su gracia para llevarlo con paciencia, y esto es ya lo único que podemos hacer.

De esta suerte hablaban entre sí los tres.

También a la pobre María perjudicó el cambio, porque habiendo tomado posesión de la pequeña salita los viejos, tuvo ella que desocuparla. La labradora joven le señaló con mala intención la más ruín de la casa, aunque había libres un par de lindas salitas; le ocasionaba todo género de disgustos, y la atormentaba indeciblemente. Todo el día la estaba riñendo, y para ella María nunca trabajaba bastante ni hacía bien la menor cosa. La pobre huérfana conocía que era despreciada y molesta en la casa. Los viejos podían darle poquísimo consuelo. Muy a menudo le ocurría la idea de marcharse; pero ¿a dónde iría?

Pidió consejo al señor cura, y el circunspecto eclesiástico le dijo:

—María de mi alma, no debierais permanecer más en la Granja de los Abetos. Vuestro buen padre os dió una esmerada crianza, os hizo aprender cuanto es necesario para el gobierno de una casa, y en la Granja de los Abetos se os exige el servicio de una recia aldeana y se os carga con faenas superiores a vuestras fuerzas y desproporcionadas para vos. Entretanto, yo no os aconsejo que salgáis a rodar incierta por el mundo. El mejor consejo que os puedo dar es que os quedéis por ahora, trabajad lo que podáis, rogad a Dios, y esperad confiada hasta que os libre de vuestra estrechísima situación. Dios, que permitió fueseis criada para una situación diferente, sabrá también trasladaros a otra mejor. Yo procuraré encontraros acomodado con una familia cristiana y honrada de la población. Orad y confiad en Dios; llevadlo con pa-

ciencia, y Dios lo dispondrá todo bien.

María agradeció el buen consejo y prometió seguirlo.

El más querido rincón de la tierra era la sepultura de su padre. Había plantado un pie de rosal en ella y cuando allí se ponía a llorar decía:

—¡Ah! Si pudiera estarme aquí siempre, regaría este ramo con mis lágrimas y seguramente presto daría flores.

El rosal se adornó de verdes hojas y empezaron a abrirse los purpúreos capullos.

—Razón tenía mi padre—decía María—cuando comparaba la vida humana a un rosal. A veces está enteramente seco y pelado, sin ofrecer a la vista más que espinas; pero cuando menos se puede esperar, viene un tiempo en que se cubre de hojas frescas y se llena de bellas rosas. Ahora estoy yo en el tiempo de las espinas; pero tendré valor y creeré en tus palabras, padre mío. Tu proverbio quizá se está cumpliendo en mí: *La paciencia produce rosas.*

CAPÍTULO XIV

MARÍA ES DESPEDIDA

ENTRE las muchas penas que María hubo de sufrir, fué una de las mayores que experimentó la del 15 de Julio, día del santo de su padre. Este día había sido hasta entonces de júbilo para ella; pero aquella vez, al entrar en su cuarto la clara y dorada aurora ya la encontró llorando. Antes siempre había dado en tal día algún contento a su padre, ya haciéndole un regalo que ella misma había dispuesto secretamente, ya componiéndole algún plato particular, o presentándole alguna botella de vino y adornando con flores la mesa limpia y cubierta. Los labradores de la comarca tenían costumbre de adornar con flores, particularmente en ciertos días memorables, las tumbas de los caros amigos, y con este objeto solían pedir flores a María, que se las daba de muy buena gana. Esta costumbre le surgió el pensamiento de adornar también con flores la sepultura de su padre. Tenía guardada la linda cestita que dió el primer motivo a su fatal desgracia y aquel día se le presentó a la vista; la tomó, llenóla de vistosas flores y de hojas frescas en el huerto, se fué con ella a Erlenbrunn una hora antes que comenzase el oficio divino, y la puso sobre la sepultura de su padre. Sus lágrimas goteaban sobre las flores y relucían en ellas como el rocío.

—Tú, buen padre mío—decía—, tú rociaste de flores todo el camino de mi vida, y yo no te lo puedo pagar; al menos adornaré con flores tu sepultura.

Dejó sobre ella el cestito sin atreverse a recelar que nadie se lo quitase. Los aldeanos lo contemplaron con regocijo mezclado de dolor; bendecían en su corazón

a la buena hija y deseaban para el piadoso padre el descanso del cielo.

Al día siguiente, mientras los sirvientes de la Granja de los Abetos acarreaban el heno de las extensas praderas de la otra parte del bosque, faltó una pieza de lienzo fino que habían tendido en el huerto para que se blanqueara. La labradora joven, que fué la primera en echarla de menos por la tarde, siendo muy suspicaz como todos los avaros, pensó al momento en María. El buen Jacobo no había hecho ningún misterio del lance del anillo y lo había confiado precisamente a los viejos. El hijo que también lo supo, cometió la imprudencia de contarlo a su mujer. Cuando aquella noche María, con su rastrillo a la espalda y un cántaro en la mano, entró con las zagalas en la casa, salió de la cocina la labradora joven furiosa como una sierpe, trató a María en los términos más groseros y le exigió la pieza de lienzo.

María dijo humildemente que era imposible que tuviera ella el lienzo, pues había pasado, como todos los demás de la casa, el día entero en la guadaña del heno, y que mientras la labradora cocinaba habría podido muy fácilmente arrebatarse el lienzo cualquiera otra persona. Efectivamente así había sucedido, pero la labradora gritó espantosamente:

—Tú, ladrona, ¿piensas que no sé que robaste el anillo y con grave peligro te salvaste de la cuchilla del verdugo? Ahora mismo vete de casa. Yo no doy albergue a semejante canalla.

El labrador joven insinuó:

—¿Y la echarás ya tan tarde? Largo rato ha que traspuso el sol: déjala cenar con nosotros, pues por cuenta nuestra ha trabajado todo el día con todo el peso del calor, y quédese todavía esta noche.

—Ni una hora más—exclamó la rabiosa mujer—; y tú cállate presto, o voy a la cocina por un ascua y te tapo la boca.

El marido vió que con disputas aún empeoraría la cosa y calló. María no rechazó la calumnia, lió lo poco que tenía en un pañuelo negro que le bastó para envolverlo todo, y cogiendo el bultito debajo del brazo, dió llorando las gracias por todo el bien que había recibido en la Granja de los Abetos, protestó nuevamente de su inocencia, y sólo pidió permiso para que le dejaran despedirse de los buenos viejos.

—Puedes ir a despedirte de ellos—dijo irónicamente la labradora joven—, y si quieres llevar contigo el par de vejestorios, me harás mucho favor. La muerte parece que todavía no gusta de venirlos a buscar.

Habían oído ambos viejos el alboroto y juntos lloraban. Consolaron, sin embargo, a María, lo mejor que pudieron, y diéronle para el camino todo el dinero que a la sazón tenían y no pasaba de algunos escudos.

—Parte, buena niña—le dijeron—, y el Señor vaya contigo. La bendición de tu padre es un tesoro oculto para tí, que también se te descubrirá a su tiempo. Acuérdate de nosotros, que de todo corazón te deseamos mucho bien.

Empezaba a anochecer cuando María, con su lio debajo del brazo, tomó la pequeña senda de herradura camino arriba hacia la colina del bosque. Quiso visitar aún la sepultura de su padre, y justamente al salir del arbolado tocaron las campanas de la villa la hora de queda, de modo que cuando llegó al cementerio había anochecido enteramente sin que la asustara andar de noche entre las tumbas. Llegó al montoncito de la sepultura de su padre y lloró largo rato; apareció la Luna llena, exactamente entre los dos abetos, y con su brillo plateado iluminaba las rosas de la sepultura y el cestito de flores que todavía estaba sobre aquélla. El aura de la noche jugueteaba blandamente entre las ramas de los abetos y sacudía de acá para allá sobre la sepultura algunas hojitas del rosal. Por todas partes reinaba profundo silencio.

—¡Oh, padre mío!—exclamó María.— ¡Ojalá tú vivieras aún, para que tu pobre hija pudiese lamentar su aflicción contigo! Aunque, por otra parte, doy gracias a Dios de que tú no hayas sufrido este nuevo infortunio. Ahora para ti todo es bien y ninguna pena te agita ya. ¡Ah! Si yo estuviera contigo... ¡Oh! Nunca fuí tan desdichada como ahora. Aquella vez en que la Luna entró en mi prisión al través de la rejilla de hierro, aún vivías tú, carísimo padre. Entonces, cuando fuí expulsada de mi amada patria, te tenía aún y tenía en tí ¡ay! un buen padre, un fiel protector y amigo. Pero ahora a nadie tengo; pobre, abandonada, en mal concepto, extraña en todas partes, me hallo sola en el mundo y privada de patria. Soy echada del único rinconcito que me restaba en la tierra, y hasta se me quita el postrer consuelo de venir a llorar de vez en cuando a tu sepultura.

Prorrumpió de nuevo en un torrente de lágrimas.

—¡Oh, Dios amado!—continuó, echándose de rodillas en tierra.— Mi bonísimo Padre celestial: mira desde tu alto cielo a una pobre huérfana desamparada que llora sobre la tumba de su padre; compadécete de mí. Donde mayor es la desgracia, más próximo está siempre tu socorro. En mí no cabe mayor desventura y mi corazón está ya a punto de partirse. ¡Ah! Muéstrame que tu brazo no me abandona, glorifica tus bienes sobre mí. Llévame arriba contigo, donde están mis buenos padres, o envía algún consuelo a mi desfallecido corazón. A las desmayadas flores, que con el sol abrasador habían quedado marchitas y agostadas, envías ahora un fresco rocío que las aviva y repara abundantemente. ¡Ay! ¡Compadécete, compadécete de mí!

Vertió nuevamente copiosas lágrimas.

—¿Qué determinaré por hoy?—dijo al cabo de un rato.— ¿A dónde me dirigiré yo ahora? ¡Ah! No me atrevo ya tan tarde a pedir posada en ninguna casa.



—Ni una hora más—exclamó la rabiosa mujer.

Cuando les refiriese cómo se me ha despedido, quizá me negarían entrada en todas partes.

Miró alrededor y vió junto a la tapia del camposanto y arrimado a la sepultura de su padre un antiguo sepulcro de piedra enmohecido y derruido. Su inscripción estaba desgastada y enteramente perdida; habíase tirado el monumento por el suelo y servía como escaño.

—Me acostaré sobre esta piedra—dijo—y pasaré la noche junto al sepulcro de mi padre. Quizá sea esta la última vez que venga aquí y quizás en toda mi vida no vuelva a ver esta cara tumba. Mañana antes de amanecer saldré, en nombre de Dios, para donde su mano me guíe.

CAPÍTULO XV

SOCORRO BAJADO DEL CIELO

MARÍA se echó sobre la piedra junto a la tapia a la lóbrega sombra de las pendientes ramas de los abetos, y cubrió su rostro con el pañuelo, que tenía enteramente empapado en llanto. Su pecho estaba profundamente agitado y había orado con tan íntimo fervor que no hay palabras para expresarlo. —¡Oh, Dios!—sollozó por última vez.— ¿No tienes ningún ángel que me enseñe el camino por donde yo deba tomar?

En aquel momento parecióle que una voz cariñosa la llamaba familiarmente por su nombre diciendo: «¡María! ¡María!» Abrió los ojos y se asustó. Una esclarecida figura, hermosa y delgada como un ángel del cielo, con ojos brillantes de celestial regocijo, cuyas mejillas estaban matizadas de un suavísimo carmín más hermoso que la flor del granado, adornadas de dorados rizos la cabeza y espalda y llevando un largo vestido blanco como la nieve, se presentó a María, recibiendo los rayos de la Luna llena. María se sobrecogió, y trémula se hincó de rodillas en el suelo exclamando:

—¡Oh, Dios! ¿Qué veo? ¡Un ángel del cielo viene en mi ayuda!

—Querida María—dijo afectuosamente la figura—, no soy ningún ángel del cielo, sino criatura humana como tú. Vengo, pues, a socorrerte. Dios ha oído tu devota plegaria. Mirame bien. ¿No me conoces ya?

—¡Dios eterno!—exclamó María.— Sí, vos, Condesa Amalia. ¡Ah! ¿Cómo venís aquí, aquí, a este ho-



Una esclarecida figura, hermosa y delgada como un ángel.

rrible lugar, en estas horas de la noche y a tantas leguas de vuestra morada?

La Condesa Amalia levantó dulcemente del suelo a María, la estrechó entre sus brazos, la besó en medio de su llanto y dijo:

—Querida y buena María, nosotros te hicimos una grande injusticia. El gozo que una vez me hiciste con ese lindo cestillo, te fué mal recompensado; pero tu inocencia ya es patente. ¡Ah! ¿Podrás tú perdonarnos a mis padres y a mí? Ahora queremos repararlo todo, si nos es posible. Perdónanos, querida María.

María dijo llorando:

—No digáis eso, noble Condesa. En aquellas circunstancias aún obrasteis con nosotros muy consideradamente. ¡Ah! Jamás me ocurrió alimentar contra vos ningún resentimiento, y con amor pensé siempre en vuestras bondades. Una sola cosa me afligía, y era que vos y vuestros padres me hubiesen de reputar de perversa e ingrata. Sólo he deseado que vos pudieseis algún día reconocer mi inocencia, y Dios me ha satisfecho aquel deseo. Gracias le sean dadas.

La Condesa tuvo a María largo rato abrazada, regándole el semblante con sus lágrimas. Después miró a sus pies la sepultura del padre de María, cruzó las manos y exclamó con fervoroso pesar:

—¡Oh, tú, querido y buen hombre, cuyos restos se corrompen bajo esta tierra, y a quien amé desde mi tierna infancia, que hiciste mi cuna, y cuyo último presente en mi natalicio fué el cestito que adorna tu sepultura! ¡Ah! ¿Por qué no vives todavía para que yo aún pudiera ver tu semblante y pedirte perdón por los sufrimientos que te ocasionamos? ¡Ah! Si nosotros hubiéramos obrado con más reflexión, y hecho más confianza en tu lealtad desde largo tiempo probada, tú, honrado y antiguo sirviente, no habrías dejado aquí tu cuerpo, vivirías aún y morirías entre nosotros. ¡Oh! ¡Perdónanos! Aquí junto a tu sepultura y

a nombre de mis padres, yo prometo que si ya no podemos enmendár lo hecho, repararemos doblemente en tu hija cuanto pasó. ¡Ah! ¡Perdónanos, perdónanos!

—¡Oh, noble Condesá!—dijo María.—Mi padre jamás abrigó la menor animosidad contra sus amos. Todas las mañanas y tardes los comprendía en su oración, como había acostumbrado en Eichburgo, y también los bendijo al tiempo de morir. «María, dijo poco antes de expirar, yo creo firmemente que nuestros señores reconocerán tu inocencia algún día y te llamarán de tu destierro otra vez con ellos. Asegurarás entonces al Conde, a la buena Condesa y a la angelical Amalia, a quien siendo niña tuve muchas veces en mis brazos, que mi corazón estuvo lleno de respeto, amor y agradecimiento para con ellos hasta que cesó de latir.» Tales fueron, Condesa, sus palabras.

La buena Condesa lloró más todavía y últimamente dijo:

—Ven, María, siéntate aquí junto a mí en esta piedra. Aún no sé apartarme de esta sepultura, pues aquí reina tanta intimidad como en el santuario de Dios, y en este lugar nos cobija todavía la bendición de tu padre.

CAPÍTULO XVI

DE CÓMO HABÍA VENIDO HASTA EL CEMENTERIO

LA CONDESA AMALIA

DIOS obra muy patentemente contigo, querida María—dijo la condesa Amalia, después de haberse sentado en la piedra con María y echándole un brazo al cuello—. Me ha guiado asombrosamente hasta aquí para socorrerte. Debo, ante todo, referirte cómo ha ocurrido esto, que se ha efectuado de un modo naturalísimo y sencillo, a la par que muy admirable y divinamente hermoso. Desde el momento en que se descubrió tu inocencia, yo no tuve reposo, estando siempre presentes a mí tú y tu padre. Créeme, querida María; he derramado por vosotros muchas lágrimas. Mis padres enviaron a buscaros por todas partes, pero jamás pudimos saber nada. Hace dos días vine con mi padre al castillo del Príncipe, que allá en el bosque está no lejos de la villa, no habiendo sido visitado en más de veinte años, y estando hoy habitado sólo por un guardabosque. Mi padre, que, como sabes, es superintendente de aguas y bosques, ha de ventilar aquí precisamente un litigio sobre los lindes de los bosques del Príncipe. Traía consigo dos señores forasteros que, con el expresado motivo, venían a pasar todo el día en el bosque. Con las esposas y las hijas de estos señores, mi madre debía esta noche hacer una función, y yo estaba contenta de que no se me creyese precisa en ella, pues no gusto de esta especie de recreos. Después del caluroso día quedó una tarde tan hermosa, fresca y placentera, el sol trasponía tan graciosamente la montaña de alrededor, llena de espesos plantíos de

abetos alternados con pintorescos campos, me ofrecía un aspecto tan nuevo y me agradó tanto, que me aventuré a pedir permiso para dar un paseo por la comarca. La hija del guardabosque me acompañaba.

«Atravesábamos la villa y vimos abiertas las puertas del cementerio, sobre cuyos sepulcros de piedra se reflejaban los dorados rayos del sol poniente. Toda mi vida, desde niña, he gustado de leer las inscripciones y versos de los sepulcros. Quedaba muy afectada cuando leía que un joven o doncella había muerto en la más bella flor de su vida, y recibía una especie de triste gozo si hallaba que un hombre o mujer habían llegado hasta una edad muy avanzada. También los versos, aunque muchas veces me parecían mejor imaginados que compuestos, excitaban en mí muy elevados sentimientos, y al paso aprendía en ellos algunos buenos pensamientos.

»Entramos. Después de leer la mayor parte de las inscripciones de los sepulcros, me dijo la hija del guardabosque:

«—Ahora os enseñaré otra cosa bonita: la sepultura de un pobre hombre, que, si bien no tiene monumento ni letrero alguno, sabe adornarla muy graciosa e interesantemente el encendido amor de su hija. Ved allí, a la opaca sombra de los abetos, el florido rosal y un lindo cestito de flores sobre la sepultura.

»Fuí al sitio y quedé como una estatua. Reconocí a la primera ojeada el cestito, del que millares de veces me había acordado después de tu destierro de Eichburgo. Lo examiné de cerca, y ví que era el mismo, pues aun cuando hubiera podido dudar al pronto, las iniciales de mi nombre y mis armas no me permitieran tener duda alguna. Me informé acerca de tí y de la historia de tu padre. La hija del guardabosque me refirió vuestra permanencia en la Granja de los Abetos, la última enfermedad de tu padre y tu pesadumbre por su muerte. Me dirigí presurosa a

casa del señor cura, en quien pude observar desde luego un dignísimo eclesiástico. Me lo confirmó todo y me contó de vosotros mucho y muy bueno. Quise inmediatamente ir a la Granja de los Abetos; pero con la narración del párroco había transcurrido tan rápido el tiempo, que ya era enteramente de noche. ¿Qué debo hacer? me pregunté. Hoy seguramente es demasiado tarde para pasar a la Granja de los Abetos, y, mañana, al rayar el alba, hemos de partir. El párroco llamó al escolar y le dió el encargo de ir sin dilación a la Granja y traerte a su casa.

»—¿La pobre muchacha forastera?—dijo el estudiante.—No hay necesidad de ir a buscarla tan lejos. En este momento ha llegado junto a la sepultura de su padre, donde llora y se lamenta. ¡Ah, pobre niña! Tan gran pesadumbre la consume. Cuando subí a tocar la queda, la he visto por la claraboya del campanario adelantarse hacia la obra vieja, casi al mismo tiempo que salía esta señora.

»El párroco quiso acompañarme hasta la sepultura de tu padre, pero yo le rogué que me dejase venir enteramente sola, para poder saludarte sin testigos y con todo mi corazón, y le supliqué muy encarecidamente que, entretanto, fuese a decir a mis padres dónde estaba yo y anunciar tu llegada. De esta suerte, querida María, fué repentina mi aparición, y por disposición de Dios, el cestito de flores nos ha juntado nuevamente aquí cerca de la sepultura de tu buen padre.»

—Ciertamente—decía María cruzando las manos y mirando reconocida al cielo—, esto lo ha ordenado Dios. Compadecióse de mis lágrimas y desamparo. ¡Oh! ¡Qué bueno y amoroso es para conmigo! Comúnmente dicen que Dios no envía ya ningún ángel para socorrer a los desgraciados; pero ahora veo por experiencia que manda todavía ángeles, almas generosas llenas de humanidad y compasión.

que se complacen, como la Condesa Amalia, en hacer bien a los desdichados. Sí, Dios encaminó vuestros pasos y os guió hasta este lugar, para que vuestra presencia me consolara como la aparición de un ángel.

Amalia interrumpió a María diciendo:

—Todavía, querida amiga, debo decirte lo que más particularmente me afecta en esta historia, y excita en mí una respetuosa emoción por la divina justicia, que a veces, sin ser advertida, gobierna nuestro destino. Sabe que Adela, la mayor enemiga que tú tienes en la tierra, sólo pensaba en desviarte de mi corazón y quedar de ese modo bien asegurada en su plaza. A este fin concibió la malvada mentira, y su perverso proyecto surtió, al parecer, un resultado completo; pero en adelante, como tú sabrás, aquella mentira misma fué causa de que para siempre perdiese toda nuestra confianza y su plaza, así como de que tú te hicieses infinitamente digna de nuestro cariño. Ella trató de separarte de mí para siempre; triunfó con tu destierro perpetuo; en el arrebató de su malignidad y depravado contento, te tiró a los pies y con escarnio ese cestillo; pero justamente aquel maltrato, estando ella entonces muy ajena de pensarlo, ha sido la causa de que, andando el tiempo, volvamos a juntarnos otra vez para siempre, porque ese cestillo ha sido evidentemente el medio que me ha descubierto tu ignorada mansión. Así queda comprobado que ningún enemigo puede dañarnos si amamos exclusivamente a Dios, pues el Señor convierte al fin en mayor bien nuestro todo lo malo que puedan acarrearlos las criaturas perversas, y de esta manera nuestros más encarnizados enemigos ponen los cimientos de nuestra dicha en todo cuanto trabajan para idear y realizar nuestra ruina. La salvación viene del enemigo, y con esto paga. Mas ahora también debes contarme—prosiguió la Condesa—, cómo

es que tú, buena niña, vienes así tan tarde a la sepultura y por qué ahora mismo llorabas tan desconsolada.

María refirió cuán ignominiosamente había sido despedida de la Granja de los Abetos, y pasmóse nuevamente la buena Condesa.

—Sí, en efecto—dijo ésta—, Dios lo ha dispuesto así para que yo viniese aquí precisamente en el momento en que con tanta aflicción y tan copiosas lágrimas implorabas socorro del Señor. En esto mismo ves una confirmación reciente de que Dios dirige para nuestro provecho el mal que nos originan nuestros más implacables enemigos. La maligna labradora te ha echado de su casa pensando hacerte infeliz; mas sin saberlo ni quererlo, te ha encaminado a mis brazos y los de mis padres, para que te hagamos dichosa. Pero ya es tiempo de que partamos: mis padres me aguardan. Ven, pues, querida María; ya no te apartarás de mi lado y mañana te pondrás en camino con nosotros.



María, pensando con gran amargura que nunca volvería allí, se despidió llorando de la querida sepultura, de la cual apenas podía separarse.

Al fin la Condesa la asió dulcemente por un brazo y dijo:

—Ven, ven, querida María, y trae contigo el cestillo para que así tengas una constante memoria de tu querido padre. En vez del cestillo con que tu filial amor adornaba su tumba, mandémosle erigir un monumento más duradero, de lo que ciertamente te alegrarás. Vamos, tú también estarás curiosa por saber la historia del anillo; por el camino te la contaré.

Brazo a brazo, y con el dulce esplendor de la Luna, encamináronse, por último, hacia el antiguo castillo.

CAPÍTULO XVII

EL ANILLO HALLADO

EL camino al castillo iba por una larga y sombría calle de tilos elevados y antiquísimos. Después que Amalia y Maria, poseídas de la más apacible emoción, habían andado un corto trecho, la joven Condesa empezó en estos términos:

—Voy a contarte la historia de cómo apareció otra vez el anillo. Este año hemos emprendido el viaje más pronto que las veces anteriores, desde la capital a Eichburgo, y por cierto fué en los primeros días serenos de Marzo, y con premura, por exigirlo indispensablemente las ocupaciones de mi padre. Apenas hubimos llegado, el tiempo empeoró otra vez, y especialmente una noche tronó y llovió espantosamente. Tú recordarás el corpulento peral de nuestro jardín en Eichburgo. Ya estaba muy viejo y daba muy poco fruto. El viento de la tempestad lo había sacudido aquella noche con tal violencia, que amenazó derribarlo. Mi padre, en consecuencia, mandó que lo cortasen. Toda la servidumbre debía poner mano a la obra, a fin de echarlo a tierra con tiento y sin perjudicar a los demás árboles. Mi padre, mi madre, nosotros, los niños y la mayor parte de los del castillo, bajamos al jardín para ver el derribo.

»Al tiempo de caer el árbol con grande estrépito, mis dos hermanos corrieron inmediatamente a ver un nido de chovas que había en el tronco y ya desde mucho tiempo excitaba la curiosidad de los niños. Examinaron el nido con gran cuidado.

»—¡Pardiez!— exclamó Augusto.—¿No ves, hermano, lo que relumbra tan bonitamente entre las rendijas del nido?

»—Sin duda—dijo Alberto—reluce una cosa como oro y piedra fina.

»Adela, llevada de curiosidad, miró y lanzó un grito.

»—¡Jesús me valga! ¡El anillo!

»Así exclamó y quedó pálida como muerta. Los niños desenredaron el anillo de entre las ramitas, y con clamores de alegría lo trajeron a mi madre.

»—Sí, sí, es el mismo—dijo ella.—¡Ah, honrado y buen Jacobo! ¡Ah, pobre María! ¡Cuán injustos hemos sido con vosotros! Seguramente me causa gran satisfacción el haber hallado el anillo; pero aún me complacerá mucho más el hallar otra vez a Jacobo y María. Con gusto cederé el anillo a fin de reparar el pesar que les dimos.

»—Pero ¿cómo es posible—pregunté—que el anillo haya sido puesto en el nido de pájaros, sobre lo más elevado de la copa del árbol?

»—Yo os lo diré muy pronto—dijo el cazador Antonio, a quien saltaron lágrimas de gozo por ver patentizada vuestra inocencia.—Claro está que ni el viejo hortelano Jacobo ni su hija María pudieron ocultar aquí el anillo. El árbol era demasiado alto e imposible casi que ellos trepasen hasta la cima, ni tampoco se les dejó el tiempo necesario para ello, porque apenas María hubo salido del castillo, se la puso presa, así como su padre. Pero las aves negras que anidaron en el árbol, las chovas, gustan de todo lo que brilla extraordinariamente, y siempre que pueden coger alguna cosa por este estilo, volando se la llevan al nido. Ahora ya queda enteramente descifrado que alguna chová hurtó el anillo y lo trajo aquí. Solamente me admiro de que yo, cazador veterano, no haya tenido más presto la ocurrencia de que los pájaros podían haber robado el anillo. Era, sin duda, voluntad de Dios que tamaño pesar sobreviniese a mi antiguo amigo Jacobo y a su hija María.

»A esto dijo mi madre:

»—Tenéis razón, Antonio, y ahora se aclara el caso. Yo me acuerdo que los pájaros a veces venían volando desde lo alto del peral a la ventana, que ésta estaba precisamente abierta cuando se extravió el anillo, que la mesita en la cual estaba el anillo se hallaba arrimada a la ventana, y que yo, después de haber echado el cerrojo a la puerta de mi aposento, pasé un largo rato en la pieza contigua. Indudablemente uno de aquellos pájaros rapaces reparó con su vista perspicaz desde el árbol en el anillo, y sin ser visto se lo llevó en el pico mientras permanecí yo en la sala de al lado.

»Mi padre quedó pasmado al obtener tan inesperada y completa certeza de que tú y tu padre habíais sido sentenciados estando inocentes.

»—Duéleme en el alma—dijo—que tan grave injuria hiciéramos a aquellos buenos sujetos, y mi consuelo único es que, no por mala voluntad, sino por ignorancia, cometimos aquel error. Pero mi cabeza no reposará dulcemente hasta que hayamos encontrado a aquellas personas honradas, hasta haberles restituído su honor robado y reparado enteramente el agravio que se les causó.

»En seguida se encaró con Adela, quien se había quedado pálida y trémula como una criminal en medio de los alegres semblantes que entre todos nosotros se descubrían.

»—Tú—exclamó—, falsa y mentirosa arpía, ¿cómo osaste mentir a tu señor y al tribunal contra aquellos sobre quienes atragiste una injusticia de que se estremece el Cielo? ¿Cómo pudiste abrigar en tu corazón el plan de precipitar en tamaña desgracia a un hombre anciano y honrado y a su pobre e inocente hija? ¡Afuera; cogedla!—gritó a los dos alguaciles que concurren al derribo del árbol.— Ponedle las mismas cadenas conque fué aherrojada María y metedla en el mismo calabozo en que ella gimió. Llevará el núme-

ro completo de azotes que se hicieron sufrir a María inocente: de todo lo que hubiera ahorrado en dinero y ropas será despojada, a fin de indemnizar en lo posible algún día a los ilegítimamente desacreditados, y, por último, en la misma forma que aquellos inocentes, será arrojada de los lindes por los alguaciles que condujeron a María.

»Todos los circunstantes se sobrecogieron a estas palabras, perdieron el color y guardaron silencio, pues jamás habían visto a mi padre tan arrebatado, ni le oyeron hablar con semejante vehemencia. Largo rato dominó un profundo silencio, y al fin cada cual expresó sus ideas y sentimientos.

»—Bien merecido te está—dijo uno de los alguaciles, mientras asia por un brazo a Adela.— Muchas veces el mismo que pone la trampa a otro en ella cae.

»—Esto trae la mentira y el engaño—decía el segundo cogiéndola del otro brazo.— ¡Ah! Siempre sale cierto que no hay tejido tan fino que al sol no se le vea el hilo.

»La cocinera dijo:

»—La rabia contra María por el hermoso vestido hizo al principio mentir a la pérfida Adela, y después ya no pudo volver atrás sin declararse ella misma como una deshonrada embustera. Por tanto es verdadera aquella sentencia: «Quien se deja coger del diablo no más que por un pelito, se entrega a él fácilmente para toda la eternidad».

»—Vamos, vamos—dijo el leñador, que había de partir el tronco y tenía el hacha al hombro—, confíemos que a lo menos ahora se volverá mejor; pues de lo contrario, le irá muy mal en el otro mundo. El árbol que no da buen fruto—añadió suspendiendo en alto el hacha—es hecho leña y arrojado al fuego.

»La noticia de haberse hallado nuevamente el anillo se difundió inmediatamente por todo Eichburgo, y de todas partes acudieron muchas gentes de modo

que en breve nos vimos rodeados de una turba de personas. También vino al jardín del castillo nuestro señor juez, pues habiendo estado presente el escribano al hallazgo del anillo, le hizo saber al punto la noticia. No puedes figurarte, querida María, cuánto afectó al buen juez lo acaecido; y aunque contigo se condujera bastante riguroso, es, con todo, un hombre muy íntegro, que cuenta una larga vida bajo la inviolable fe guardada a la probidad y justicia.

»—La mitad de mi fortuna y aun toda ella—dijo con voz que nos penetró el corazón—daría yo porque no me hubiera pasado este caso. Es cosa terrible condenar en falso a la inocencia.

»En seguida miró en derredor a la rueda de las gentes que se habían juntado del pueblo, y en voz alta peroró solemnemente, diciendo:

»—Dios sólo es el juez que jamás yerra, ni puede ser engañado por nadie. Sólo Dios, sabedor de todo, sabía cómo el anillo se había extraviado, y de él no más era conocido el paraje donde ha permanecido oculto hasta hora. Los jueces humanos fácilmente se equivocan por la limitación de nuestros sentidos y desgraciadamente la inocencia no pocas veces tiene que sucumbir en la tierra, y el vicio se lleva la victoria. Mas esta vez, Dios, juez de las cosas ocultas, que un día premiará a todos los buenos y castigará a todos los malos, ha determinado que aquí en la tierra sea conocida la inocencia y puesta de manifiesto la maldad secreta. Ved y reconoced ahora cuán maravillosamente conforme a su santa voluntad todo ha sido encaminado a este fin. El espantoso huracán que ayer noche nos hizo temblar estremeció todo el castillo y debió de sacudir el antiguo árbol para que amenazase ruina; un recio aguacero debió de lavar el nido de las aves para que el anillo apareciera a la vista bien terso y refulgente; los señores precisamente debieron de estar residiendo en el castillo, y, por disposición de

Dios, presentes a la corta del árbol; los jóvenes Condesitos, alegres e inocentes criaturas, a quienes no podía ocurrir un encubrimiento del hallazgo, han debido, desde luego, de poner a la vista el anillo; la misma Adela, falsa acusadora, ha tenido que ser la primera en proclamar altamente con un fuerte grito la inocencia de María. Casos tan portentosos han solido acontecer. Dios, que ciertamente en el otro mundo algún día revisará de nuevo todos los procesos de cada cual, ya haya sido reconocido en vida o después de la muerte, también permite a veces que en este mundo sucedan tales cosas para que los hombres alcen la vista hacia él, el gran juez de allá arriba, que de nadie puede ser sorprendido, y a fin de que los hombres, con las repetidas injusticias que están pasando aquí en la tierra, no pierdan la fe en una justicia eterna, soberana y que todo lo remunera.

»Así habló el juez con energía, y las gentes le escucharon muy atentas, dándole la razón y yéndose muy pensativas.

»Tal es, querida María, la historia del hallazgo del anillo.»

Al acabar esta narración, Amalia y María llegaron a las puertas del antiguo castillo.

CAPÍTULO XVIII

CÓMO LAS PERSONAS GENEROSAS REPARAN
UN AGRAVIO

EL Conde, la Condesa y sus conocidos se habían reunido entretanto en el gran salón de ceremonias del castillo suntuosamente adornado según el gusto antiguo. Todas las paredes de la sala estaban vestidas de tapices, sobre los cuales había bordadas cacerías con una multitud de hombres, caballos, perros, ciervos y jabalíes muy primorosamente hechos. Los colores se conservaban todavía muy naturales y animados, a pesar de su antigüedad, y al entrar, especialmente de noche a la luz de las innumerables velas encendidas que sostenían las pendientes cristalinas arañas, cualquiera podría creer que se trasladaba a un bosque.

El venerable párroco hacía ya buen rato que había llegado al salón y contado la historia de Jacobo y María a toda la tertulia, que le oyó con el mayor interés. Refirió los hechos del piadoso anciano con tal ternura y emoción; trazó tan interesante y bello cuadro de los elevados pensamientos y particular conducta del buen hombre durante su permanencia en la Granja de los Abetos; puso tan en claro el inalterable respeto, amor y adhesión del antiguo sirviente para con su amo, virtudes que habían estado desconocidas en él y su hija sólo por la interposición de las más raras e incomprensibles circunstancias, y el indecible amor de María para con su padre, su filial esmero, infatigable laboriosidad, religiosidad, paciencia y humildad; representó ejemplos tan hermosos, que cuantos le oyeron dejaron asomar lágrimas en sus

ojos, y especialmente la noble señora Condesa, madre de Amalia, no pudo por más tiempo contenerse, y lloró de todo corazón.

En aquel instante entró Amalia, dando una mano a María y trayendo en la otra el canastillo de flores. Todos salieron presurosos a recibirlas y colmaron a María de los más afectuosos saludos.

El Conde la tomó cariñosamente de la mano y dijo: —¡Pobre y buena niña! ¡Qué pálida y consumida estás! Mi indiscreto proceder ha descolorido tus mejillas y grabado en tu frente juvenil surcos anticipados. ¡Perdónanos! Haremos que las desmayadas rosas de tus mejillas florezcan de nuevo. Nosotros te arrojamos de tu morada paterna; pero desde ahora será propiedad tuya. Sí, yo te regalo la graciosa casita de Eichburgo con su hermoso huerto, de lo cual tu padre obtuvo no más que el usufructo, y hoy mismo extenderá mi secretario la escritura de donación, que Amalia te entregará.

La esposa del Conde la estrechó en sus brazos, la llamó su hija, y sacándose del dedo el anillo que tanto había hecho padecer a María, que tomó de la caja de aderezos para ponérselo un poco antes de llegar María, dijo:

—Querida niña, tu inocencia y virtud son ciertamente una joya de más valor que el grueso y claro diamante de esta sortija. Aunque tú eres rica con más preciosos tesoros, no rehuses esta piedra preciosa, como una tenue reparación del agravio que te hicimos y como una prenda de mi sincera ternura maternal para contigo. Como este anillo no puede servir para tu gala de novia, te será destinado en dote. Si llegase la ocasión en que te sea necesaria la dote, yo desempeñaré el anillo por todo su valor.

Y al pronunciar estas palabras, la Condesa metió el anillo en un dedo a María.

María vertió las más dulces lágrimas, así como un

rato antes había vertido las más amargas. Asombrada estaba con tantos bienes y próxima a rendirse con su enorme peso. No podía hablar, y necesitando solamente llorar, no quiso tomar nada.

Uno de los señores forasteros dijo:

—Acepta, hermosa niña, la dádiva de tan sublime generosidad. Dios ha bendecido con grandes riquezas al señor Conde y a la amable Condesa, y también les ha dado, que es lo de mayor precio, un gran corazón para emplear de la mejor manera estas riquezas.

—¡Oh, señor Barón!—dijo la Condesa.— Nada de eso, usted nos lisonjea. Ha sido no más que una pequeña obra de desprendimiento. Nosotros hemos dado al mundo un ejemplo de escandalosa injusticia, de la cual nos acordaremos con pesar y vergüenza toda nuestra vida, y nos es absolutamente indispensable para nuestro reposo subsanar siquiera en algo la falta cometida. Ningún mérito podemos pretender en ello, pues cumplimos únicamente un deber de justicia.

La modesta y humilde María había quedado en pie, teniendo en su trémula mano el anillo que se había sacado, y con ojos rebosando de lágrimas miraba al señor Cura como si quisiese preguntarle qué debía hacer.

El venerable párroco, dijo:

—Sí, María, tú debes retener el anillo. El señor Conde y la señora Condesa piensan demasiado noblemente para tomarle otra vez. Este acontecimiento ha sido un ejemplo singularmente extraordinario de la posibilidad de convertirse una sospecha en perfecta certidumbre; sirva este suceso, pues, para siempre también, querida hija, de ejemplo que demuestre cómo las obras generosas reparan las pasadas amarguras bella y magníficamente. Hé aquí, buena niña, cómo Dios te recompensa el ardiente amor a tu padre. El que honra cordialmente a sus padres ha de expe-

rimentar indudablemente la promesa del Señor. Dios se vale de la mano benéfica de los señores Condes para mitigar tus penas. Recibe, de consiguiente, con gratitud esta rica donación, y puesto que en la miseria te condujiste resignada a Dios, paciente y conformada, en la prosperidad debes proceder también con el mismo reconocimiento hacia Dios y ser igualmente afectuosa y discreta para los hombres.

María, con lágrimas de agradecimiento, se puso el anillo, y apenas podía expresar su gratitud. Amalia, que con el cestito de flores en la mano estaba al lado de María, quedó contentísima de que sus padres obrasen tan magnánimamente.



Al pronunciar estas palabras, la Condesa puso el anillo en un
dedo a María.

Canastillo de flores.

8

EDITORIAL
SATURNINO CALLEJA S.^{CA}
MADRID

15

16

17

18

19

20

CAPÍTULO XIX

UNA NOTICIA MÁS QUE ES DIGNA DE RECORDARSE EN ESTA
HISTORIA

LA Condesa mandó entonces servir la cena, suplicó al señor Cura que se sentara a la mesa, y dijo que María también debía acompañarlos. Durante la oración, que por entonces era loable uso rezar hasta en las casas de mayor jerarquía, María experimentó un impulso fervoroso.

—¡Dios mío—pensaba,—cuál era mi pesar y qué desanimada estaba cuando, después de una penosa jornada y sin haber cenado, era echada de la Granja de los Abetos! ¡Cómo podía yo imaginarme que ya en la misma hora me estaba preparada una cena aquí, en este castillo, y entre estos nobles señores! ¡Cuántas gracias te doy, querido Padre celestial, por tus buenos cuidados! ¡Ah! Perdona mi flaqueza, y concédeme tu gracia para que nunca más vacile desconfiando de Tí!

María fué colocada entre la señora Condesa y la Condesita Amalia. Con virginal timidez rehusaba ocupar aquel honorífico puesto; pero la señora Condesa le dijo afablemente:

—Como tú, nuestra hija, has sido hallada nuevamente, conviene que tengamos una comida de regocijo, y en ella de derecho te pertenece este lugar.

Tomó a María por la mano y la condujo al puesto que le había señalado.

Durante la cena casi no se habló de otra cosa que de la historia de María. El Conde había llevado consigo al anciano y honrado cazador Antonio, como sujeto inteligente en montería. Este fiel criado siempre ayu-

daba a servir en la mesa a su amo, más por inclinación que por mandato; pero aquella noche casi constantemente estuvo detrás de la silla de María. Su edad le había dado una especie de autorización para permitirse de cuando en cuando algunas palabras.

—¿No es verdad, María—dijo una vez—, que se ha cumplido cuanto yo os decía a vos y a vuestro padre allá en la piedra de la linde del bosque? La honradez siempre sale adelante, y quien fía en Dios no se ve abandonado. Ahora no falta más que una cosa, y es que vuestro padre, mi antiguo y honrado camarada de juventud, hubiera alcanzado este día de júbilo. ¡Cómo se hubiera alegrado el buen Jacobo de ver lo más caro para él en la Tierra, después de la muerte de su esposa, a su hija, reconocida como inocente y honrada en esta forma! No acabo de resignarme a que Dios nuestro Señor haya dejado de regalarle unos pocos meses más de vida. Aun cuando de gozo hubiera muerto inmediatamente después de esta noche, me habría consolado siempre que hubiese vivido bastante para disfrutar de gozo.

— Alabo vuestros sentimientos, buen anciano—dijo el párroco—, pues, verdaderamente, honran vuestro corazón. Pero bajo el Sol nunca debemos limitar nuestras miras a esta vida, la cual es la parte más pequeña, y aun me atrevo a decir exactamente, la más pobre de nuestra entera duración. Este mundo no es más que el atrio de otro mundo, y esta vida de la Tierra, la preparación para una segunda vida, para otra mejor en el Cielo. Si ahora contemplamos la vida de un hombre, prescindiendo de su destino venidero, encontraremos inevitablemente cosas que no pueden avenirse con la sabiduría, bondad y justicia de Dios; mas si elevamos nuestra vista al Cielo, se nos presentan las cosas de modo que deben necesariamente aquietarnos acerca de cuanto hay áspero y repugnante en esta vida. Así ha venido a suceder

también en la historia de Jacobo y María. Las penas sufridas le son aquí recompensadas a la buena niña con la más noble generosidad. El anciano y excelente padre, por el contrario, hubo de morir ignorado enteramente de sus caros e ilustres amos y arrojado a la miseria por una rara disposición. Era preciso que su hija, el objeto que más oprimía su paternal corazón, cayese nuevamente en la mayor pobreza en este mundo. Si no hubiese otra vida, esta desigualdad en la compensación de las penas sufridas nos parecería una escandalosa injusticia, y todo corazón humano se sublevaría en los términos que aquí este buen viejo ha expresado. Pero hay una vida mejor, hay (y si no, ¡desdichados de nosotros!) un Cielo, donde será percibido cumplidamente el hermoso y justo rédito de todos nuestros pesares. En el Cielo también las penas y la no merecida adversidad le serán recompensadas a aquel buen hombre más bella y magníficamente de lo que son premiadas aquí a su hija. Ahora disfruta él allí del más puro gozo indudablemente, de la bienaventuranza, de una majestad en cuya comparación los goces de esta suntuosa cena en esta refulgente sala no son más que una sombra. Diré más: seguramente no lo sé; pero mi corazón me lo está diciendo, y en muchos casos vale más creer al corazón que a la cabeza. Mi corazón me dice que el piadoso viejo, que, sin duda, llevó consigo al Cielo su paternal corazón, quizás toma en esta alegre noche más parte de lo que nosotros pensamos. Como veo tan interesados en esto a todos los nobles convidados en esta mesa, debo referir un hecho que tal vez en otras circunstancias hubiera callado. Durante la enfermedad del piadoso viejo me acerqué una mañana a su lecho. Por grande que fuera siempre su confianza en la Divina Providencia, nunca podía reposar enteramente con los punzantes cuidados que le daba el futuro destino de su amada hija; pero aquella

mañana le hallé extraordinariamente sereno; sonriendo alegremente me alargó la mano desde la cama, y dijo:

»—Ahora, señor párroco, se ha descargado de mi corazón el último peso, los cuidados por mi hija: ya estoy del todo tranquilo. Esta noche pude orar como casi nunca había logrado en mi vida, y penetró en mi corazón un reposo, un celestial consuelo cual nunca hasta entonces lo había sentido. Estoy en la piadosa creencia de que mi plegaria fué oída. Ahora cierro los ojos consolado, pues ya sé que la inocencia de mi hija será proclamada y que el noble Conde ejercerá para con esta niña los cuidados de padre, y la insigne Condesa, las veces de madre.

»Así se expresó el buen anciano aquella mañana a que me refiero. Hace un momento, por las conversaciones de la mesa he comprendido, lleno de asombro, que precisamente fué aquella en que el fuerte huracán sacudió el grande y antiguo árbol del jardín del castillo, y de esta suerte puso de manifiesto el anillo oculto y la inocencia de María. Por tanto, fué oída,—su fervorosa oración desde el trono de Aquel que gobierna todos los destinos humanos. ¿Y cómo sería posible que sólo él, el padre a quien la suerte de su hija toca de más cerca, desconociera el venturoso cambio de la misma? A lo menos para mí es una idea consoladora que más allá de la tumba conoce la ventura de su amada hija y participa de nuestro gozo; pero, sea de esto lo que fuere, siempre resulta cierto que aquella oración del viejo y su aceptación difunde por toda esta historia la luz más bella y encantadora y coloca sobre ella una corona. La historia entera se nos presenta ahora con esplendor, como obra de la Divina Providencia.

»No—continuó el párroco con visible emoción—; un mero acaso no nos ha juntado aquí, ni un fortuito accidente nos ha preparado estas horas de bella

efusión y nobles sentimientos. La bondad de Dios, su santa Providencia es la que a mí, extraño enteramente para esta casa, me ha conducido al círculo de estas nobles personas, a fin de atestiguarles que el moribundo me confió esta circunstancia, la cual nos permite sondear una de las más recónditas honduras de esta historia. ¡Ojalá este hecho nos sirva como una prueba de que Dios, a más de poner en el corazón de todo padre y madre los sentimientos del más tierno amor, profesa a todas las criaturas humanas un amor infinitamente más grande y cuida de ellas más tiernamente que hayan cuidado nunca a sus hijos los padres y las madres de la Tierra! ¡Ojalá todos nosotros vivamos y muramos en la gozosa fe de un gran corazón paternal que desde allá arriba late por todos nosotros! Porque esta fe es también nuestro único consuelo en las aflicciones y en la muerte, contra las cuales ninguna condición en la Tierra goza de privilegio, y de las que no nos pueden librar veneras ni diademas.»

—Así lo creo yo también, querido párroco—dijo la Condesa, al mismo tiempo que se levantaba y le presentaba la mano.

Todos los demás convinieron en lo mismo, y también se levantaron.

—Ya es bastante tarde—dijo entonces la Condesa; —y debiendo partir mañana muy temprano, descansaremos todavía un poco. Separémonos con ánimo de no olvidar los bellos sentimientos que ha excitado en nosotros el señor párroco, pues mejor no habríamos podido emplear el día de hoy.

CAPÍTULO XX

UNA VISITA A LA GRANJA DE LOS ABETOS

Al día siguiente, al asomar la aurora, ya todos en el castillo se ocupaban en disponerse a marchar; pero la Condesa Amalia y sus amigas se empleaban muy diligentemente con María. María en Eichburgo se había vestido como era uso entonces vestir entre las hijas de los sirvientes; pero como durante su residencia en la Granja de los Abetos fué adquiriendo otros vestidos, no quería presentarse a los ojos del público con otro porte, y hallábase a la sazón ataviada como las aldeanas de aquel país. Una de las señoritas forasteras, que era de la edad de María, a ruegos de Amalia le regaló un traje completo, casi enteramente nuevo y muy hermoso. María puso dificultad en llevar aquel hermoso vestido; pero la Condesa Amalia le dijo:

—¡No más escrúpulos: has de ponértelo luego! Desde ahora eres ya mi amiga e inseparable compañera mía, y, por tanto, es preciso que vistas de otra manera. Además, por el pronto, aquí no hará la menor sensación el que adoptes un vestido mejor.

Entonces las camareras compitieron en adornar perfectamente de pies a cabeza a María, y en seguida llevándola en medio de las dos, se dirigieron a la gran sala, donde ya estaba servido el desayuno. Al pronto causó en todos admiración la tercera y extraña camarera; pero luego que reconocieron a María, todos la saludaron con sumo júbilo, y le dieron su aplauso por la ventajosa mudanza, según denominaron a aquel cambio de traje. Terminado el almuerzo, subieron inmediatamente al coche, y María tuvo que

sentarse al lado de Amalia, al frente de los Condes. El Conde mandó tomar el camino de la Granja de los Abetos, pues quería conocer a los buenos campesinos que habían hospedado tan generosamente a María y a su padre. Por el camino se informó prolijamente acerca de ellos, y María no le disimuló que su situación era muy triste y que ya podían prometerse muy pocas horas buenas para su vejez.

La llegada del coche hizo gran sensación en la Granja de los Abetos, pues quizá desde su fundación no había parado allí coche alguno, o al menos ninguno tan magnífico.

Cuando estuvo el coche a la puerta de la casa, la labradora joven salió precipitadamente, diciendo para sí:

—Debo ayudar a bajar al distinguido señor que viene con su señora esposa y dos hijas.

Mas al presentar la mano a una señorita, reconoció súbitamente en ella a María.

—¿Qué diablos es esto?—exclamó en su grosero dialecto.

Soltó en el mismo instante la mano de María, como si la hubiese tocado un áspid; retrocedió algunos pasos, y un color se le iba y otro se le venía.

El labrador viejo trabajaba en aquel momento en la huerta, y a él se precipitaron el Conde, la Condesa y Amalia; le dieron la mano, alabaron su beneficencia para con María y su padre, y le dieron por ello las gracias en los términos más expresivos.

—¡Ah!—dijo el bizarro labrador.— Más tengo que agradecer a aquel buen hombre que él a mí. La bendición vino con él a mi casa, y si yo en todo y por todo hubiera seguido sus consejos, otro gallo me cantara. Desde que murió casi no he tenido más goces que los de este jardín, y aun esto debo agradecerlo a sus acertados consejos, pues de él aprendí a reservarme este pedacito de tierra, así como el arte de culti-

varla. Aquí trabajo, ya que el arado se me ha hecho demasiado penoso, y entre las plantas y flores busco los goces que en mi casa no puedo hallar.

María había ido a buscar en la salita de atrás a la anciana labradora, y la llevó de la mano, persuadiéndola entretanto a que no se sobrecogiera, pues la buena mujer en su vida había hablado con ningún personaje tan elevado. Acercóse trémula y atemorizada, y también fué colmada de elogios y agradecimientos.

Ambos buenos viejos se encontraban allí enteramente avergonzados, y como unos niños lloraban de gozo.

—¿No te había dicho—dijo el anciano a María—que por el encarecido amor tuyo a tu padre te iría siempre bien? ¡Mira cómo se ha cumplido mi profecía!

La vieja labradora, que ya había cobrado ánimo, dijo, al tiempo que examinaba la tela del hermoso vestido de María:

—¡Sí, sí; tu padre tenía razón en aquella sentencia suya: «El que viste las flores también cuidará de vestirtel!»

Pero la labradora joven, que permanecía de pie a cierta distancia, decía entre sí misma:

—¡Cáspita! ¡Es cosa de morirse! ¡Miren la pobretona pordiosera convertida en una señorita de la primera Nobleza! ¿Quién lo hubiera imaginado? Ahora ninguno de nosotros se atreve a juntarse con ella; pero bien sabemos quién es y que aver tarde con su lío debajo del brazo subía por aquella cuesta a mendigar por el mundo.

El Conde, a la verdad, no comprendió el blasfemo discurso de aquella mujer; pero al punto que la vió, conoció su aire maligno y atravesado.

—Efectivamente, es una detestable criatura—dijo; y dió un par de vueltas pensativo por el huerto.

—Escuchad, buen anciano—dijo entonces el Con-

de parándose junto al labrador viejo—: voy a proponeros un plan. La corta hacienda que el padre de María cultivaba en Eichburgo se la he regalado a su hija; pero María en algún tiempo no pondrá casa. ¿Quisiérais marcharos de aquí? Ciertamente, os gustará, pues ya sé que María no ha de exigirnos renta. Allí podréis explayar vuestro ánimo placenteramente con las plantas y las flores, y en aquella primorosa vivienda hallaréis reposo y contento para vuestra vejez.

La esposa del Conde, la Condesa Amalia y María instaron todos a los viejos para que decidiesen. Pero no fueron necesarios muchos ruegos, pues la propuesta los alegró tanto como si les hubieran anunciado la salida del Infierno.

A la sazón llegó del campo el labrador joven, muy curioso por saber qué se le podía ofrecer en su granja a un coche de cuatro caballos blancos lujosamente enjaezados. Luego que se enteró de lo que pasaba, no titubeó, por sensible que le fuese, en dejar partir a sus ancianos padres, pues habíale dado hasta entonces gran pena verlos atormentados por su propia nuera, y le servía de gran consuelo el que mejorasen de condición.

La labradora joven extendía las dos manos como para significar que estaban muy bien sacados de casa los dos viejos suegros. El Conde prometió que enviaría a buscar a los viejos luego que estuviesen hechos los preparativos necesarios, y acto continuo subió otra vez al coche con sus compañeros de viaje y prosiguieron el camino.

CAPÍTULO XXI

QUÉ MÁS PASÓ EN LA GRANJA DE LOS ABETOS

EL noble Conde cumplió exactamente su palabra, y pronto llegó un coche de Eichburgo a la Granja de los Abetos a buscar a los buenos viejos. El hijo, al perder a sus padres, lloraba amargamente; pero la nuera, que había contado los días y las horas hasta que hubieron partido, recibió un gran gozo por verse al fin libre de ellos. Mas este gozo se le volvió muy amargo cuando el cochero le presentó una providencia firmada en que se mandaba que bajo pena de ejecución había de pagar cada trimestre y en buena moneda lo que para la manutención de los suegros fuera estipulado. Con esto se puso espantosamente irritada y echó venablos y maldiciones.

—¡Peor—decía—nos ha salido lo roto que lo descosido! ¡Si se hubieran quedado, ni la mitad del gasto nos habrían hecho!

Mas el hijo se alegró mucho de poder hacer bien a sus ancianos padres contra la voluntad de su mujer, aunque no se atrevió a dejar traslucir su alegría.

A la mañana siguiente los buenos viejos se metieron en el coche, y marcharon acompañados de muy expresos deseos de ventura de parte de su hijo y de las secretas maldiciones de su nuera. Pero aún acaeció a la malvada esposa cuanto tenía merecido por su desafecto a los suegros, y cuanto sucede siempre a los avaros e inhumanos. Había puesto su dinero en casa de un mercader, que ponía de nuevo una fábrica y le había prometido pagar mil escudos de interés. Estos réditos eran anualmeste incorporados al capital y producían nuevo interés que volvía a rendir. La

labradora se creía muy dichosa, y no conocía en el mundo placer mayor que echar la cuenta con su marido sobre cuánto dinero juntarían en diez años y cuánto en veinte. Pero la empresa del mercader se malogró, y se procedió a embargo contra él, lo cual fué como un rayo para la labradora. Desde el momento en que lo supo, ya no tuvo una hora de sosiego. Pasaba todo el día en la calle, ya en casa del abogado, ya en casa del juez, y por la noche no podía cerrar los ojos con sus inquietos designios, cavilaciones, pensamientos de un lado y pensamientos de otro. Al fin obtuvo, en vez de sus diez mil escudos, sólo algunos centenares, y se entregó a la desesperación: hízosele odiosa la vida y llegó a desear la muerte. Su continuo y roedor cavilar la debilitó en tal extremo, que la asaltó una calentura muy pertinaz. Su marido quiso enviar a llamar al médico de la ciudad más cercana; pero ella no lo consintió. El labrador, sin embargo, se revistió de toda seriedad y llevó al doctor; pero la labradora, encolerizada, tiró por la ventana sin probarlo el primer vaso de medicina.

El cura de Erlenbrunn la visitó en su enfermedad, y la persuadía del modo más cariñoso a que se corrigiera, a que mudara de ideas y a que, desprendiendo su corazón de las cosas terrestres, lo convirtiera hacia Dios; pero con tales cosas se puso muy arrebatada. Con ojos dilatadísimos miraba al juicioso párroco y decía:

—Yo no sé absolutamente qué quiere el señor cura con sus sermones de penitencia. ¡Con el mercader que nos ha robado el dinero podía ir a conversar, y de veras se lo daría por bueno! Pero en cuanto a mí, tal como soy, pienso ser bastante buena. Yo, mientras he podido salir, nunca falté al oficio divino ningún domingo, y tampoco descuidaba mis rezos diarios. En mi vida he hecho más que trabajar y ahorrar, y me he tenido por un perfecto modelo de la más lau-

dable de todas las virtudes, que es el gobierno de una casa. Nadie en el mundo puede echarme en cara nada malo, y ningún pobre que haya llegado a mi puerta podrá declarar que le dejase ir con las manos vacías. Ahora desearía saber de qué otra manera se puede ser. Yo me había figurado que el señor párroco me reputaba por la persona más devota y virtuosa de la parroquia.

El respetable párroco se vió precisado a explicarse con ella más terminantemente, a fin de inclinarla a mejorarse. Le demostró prolija y palpablemente que ella todavía amaba sobre todo el dinero; y que esta codicia, que confundía erróneamente con la virtud de la parsimonia, sumamente loable, era una verdadera idolatría; que la ira brutal de que se dejaba dominar pertenecía al más detestable de los vicios, y que carecía enteramente de mansedumbre y de paciencia, virtudes las más amables e indispensablemente necesarias. Le dijo sin rodeos que con su avaricia y su cólera había causado innumerables horas de tristeza a su marido, despedido cruelmente a la pobre huérfana María, y hasta a sus ancianos suegros, a quienes debió reverenciar y amar como a sus propios padres; que, en medio de sus cuantiosos bienes, de ningún modo había cumplido el deber de la beneficencia con el mendrugillo de pan o el puñadito de harina que daba por la ventana de tarde en tarde, muchas veces con el único designio de quitarse de la vista a los pobres; que, por el contrario, había desatendido este religioso deber, y nunca favoreció con un almud de trigo en la penuria a los pobres de solemnidad, sin embargo de haber ella cerrado en sus trojes muchas fanegas; que sus donativos por incendios u otras calamidades, si se comparaban con otros, habían sido siempre los más pequeños e insignificantes; que con su criminal usura había sacrificado su gran capital, con el que tanto bien podía haber dispensado, y

acortádose ella misma la vida; que carecía precisamente de la principal prenda de un cristiano, cual es el amor a Dios y a los hombres; que sus idas frecuentes a la iglesia para asistir al oficio divino, si bien era un deber muy santo, de nada podía servirle, puesto que con ellas no se había mejorado y que sus oraciones, saliendo de un corazón seco, no podían ser aceptadas por Dios.

Pero ella no dejó explicarse más al celoso párroco y empezó a exclamar y aullar:

—¡Soy la criatura más desventurada del mundo—decía—y nadie absolutamente puede tolerarme! ¡Pero nunca hubiera creído de mi propio director espiritual que también pudiera volverse tan enemigo mío! ¡Yo no le he hecho ningún mal para que tanto me odie, y por tan mala me tenga!

Contristado el buen párroco, tomó el sombrero y el bastón y se fué.

—¡Oh!—decía.—¡Cuán difícil es despertar las ideas y sentimientos del Cielo en una persona cuyo corazón está asido a la Tierra! ¡Qué lejos está del reino de Dios, de la verdadera caridad y de la pura virtud! Con unas cuantas palabras recitadas de memoria cree amistarse con Dios, y con unas pocas migajas de sus sobras se figura satisfacer todos sus deberes para con sus semejantes. Entretanto su corazón permanece sin corregirse, y en su ceguedad, llega a reputar como virtud su mismo vicio. ¡Ah!—decía al pasar por delante del huerto y mientras echaba una ojeada hacia él.— ¡Cuánto se engañan los que opinan que para ser dichosos basta tener mucho dinero! ¡Esta rica labradora, con todo su dinero y bienes, no ha tenido en su vida ni una hora de las alegres que a miles pasó aquí la pobre María entre las flores de este huerto!

Aún tuvo mucho que padecer la labradora. Pasaba noches enteras tosiendo, sin querer, por avaricia, gastar unas gotas de vino o una cucharada de buen

caldo, y en todos sus males no hallaba ningún verdadero consuelo, ni contaba con energía para armarse de paciencia y resignarse a la voluntad divina. El señor párroco hizo todos los esfuerzos imaginables para ponerla en mejor camino. En los últimos días de su vida estuvo algo más condescendiente y dió muestras de arrepentimiento: pero todavía el párroco dudaba si se habría corregido. Al fin sucumbió en la más bella edad de la vida, ofreciendo un ejemplo patente de que los bienes temporales pueden hacer al hombre más bien desdichado que feliz.

EDITORIAL
SATURNINO CALLEJA'S
MADRID

CAPÍTULO XXII

UN TRISTE ACONTECIMIENTO MÁS

LA familia de los Condes había llevado consigo a María a la capital. Una mañana llegó al palacio un respetable eclesiástico, se hizo conducir hasta María y le dijo que llevaba un recado para ella. Una persona muy enferma y que se hallaba muy próxima a la muerte, deseaba hablar con María antes de fallecer, pues de lo contrario no podía morir tranquila, y la misma enferma quería descubrir a María quién era en realidad. Grande extrañeza causó en María esta comisión, y consultó a la Condesa sobre lo que debería hacer. La Condesa conocía al eclesiástico como varón muy piadoso y sabio, y ordenó a María que fuese. A instancias del eclesiástico la acompañó el viejo Antonio.

María hubo de andar mucho, antes de llegar a uno de los sitios más excusados del arrabal, hasta que por fin entró en una casa de escalera angosta y de aspecto muy lóbrego. Tuvo que subir cinco tramos de escaleras, de las cuales los dos últimos eran tan oscuros, estrechos y ruinosos, que a María le causaron gran molestia. Entonces el eclesiástico se paró junto a una puerta, hecha no más que de toscas chillas claveteadas, y dijo:

—Aquí es. Descanse usted un poco, pues gran necesidad tiene de ello.

Le echó un poco de esencia de toronjil en el pañuelo, y después abrió la puerta.

María entró en una guardilla que no podía ser más desdichada. La sombría y pequeña ventana estaba cubierta con papel almidonado; una miserable tarima,

con un colchón todavía peor, si tal podía llamarse, y al lado de la cama una silla rota, sobre la cual había un jarro de loza sin tapadera ni asas, constituían todo el ajuar. Pero la enferma que reposaba en el lecho se hallaba en un estado que infundía terror. María creyó ver un esqueleto, que se movió, empezó a hablarle con una voz espantosa y ronca y le alargó una mano seca. María temblaba de pies a cabeza. Por último, a pesar de las oscuras expresiones pronunciadas con mucho trabajo, pudo comprender que aquella horrible figura era... Adela; Adela, que, cuando se hallaba en el castillo de Eichburgo, lucía como una bella rosa.

La infeliz, enterada por el eclesiástico de que María positivamente estaba en la ciudad con los amos, la hacía llamar para pedirle perdón por el lance del anillo, y no quiso dar antes su nombre, recelando que María repugnase acudir a su llamamiento.

La bondadosa María prorrumpió en un mar de lágrimas, y se deshacía en protestas, asegurándole que todo desde mucho tiempo antes estaba perdonado, y que no sentía más que íntima y dolorosa compasión. María, en prueba de que todo lo había perdonado, quiso abrazarla y besarla; mas el eclesiástico dió un grito diciendo:

—¡Deteneos!—y alargó el brazo para desviar a María.—¡Por amor de Dios!—dijo.—¿Qué intentáis hacer? El veneno de esta enfermedad es contagioso.

—¿Pues qué enfermedad es?—dijo espantada la inocente María.

El eclesiástico bajó los ojos al suelo y se mantuvo callado, pero la enferma exigió que ningún secreto se guardara, pues, aunque tan desdichada había sido, todavía su desgracia podía servir de escarmiento para otros.

El eclesiástico habló entonces, contemplando pesadamente a María:



La enferma que reposaba en el lecho se hallaba en un estado que infundía terror.

—¡Ah, querida niña mía! Esta enfermedad es la consecuencia de los extravíos más deshonorosos. Formidable es la prostitución cuando puede arruinar la más hermosa figura: esta espantable muerte es consecuencia de una vida licenciosa. Hija mía, usted todavía es joven, y muchos le dirán que es hermosa. A veces los oirá usted producirse muy desvergonzadamente, alabar el vicio y disculparlo; verá usted no pocos malos ejemplos, y la seducción tenderá a usted lazos como una serpiente ponzoñosa. Acuérdesse usted de este ejemplo toda su vida. Vea usted aquí cuán infeliz hace el pecado. La memoria de este horroroso aspecto puede preservarla a usted. ¡Ah! ¡Ojalá pudiera yo traer aquí a todas las jóvenes de la edad de usted para precaverlas de igual peligro, y ojalá, sobre todo, pudiera mostrar esta espantosa figura a aquellos malvados que, con pretexto de amistad, amor, afición y complacencia, sedujeron a esta muchacha, también inocente un día, y la perdieron tan horriblemente! ¡Desventurado de aquel que para engañar a inocentes criaturas hace un elogio de tan indignos placeres!

Adela, ya desde sus primeros años juveniles, mientras pasaba con sus amos la temporada de la corte, había trabado reservadamente ilícitas relaciones con hombres libertinos. Cuando fué echada de Eichburgo, se dirigió a la capital, y enteramente prostituída, vivió largo tiempo en estrepitosos recreos, gastando lujosos vestidos que adquiría por malos medios: entonces contrajo aquella enfermedad. En el transcurso de ésta tuvo que vender por la décima parte de lo que habían costado sus vestidos, que eran todo su caudal, y abandonada después por todos sus antiguos amigos, hubo de consumirse en la mayor miseria. Todo esto lo declaraba ella misma en medio de las más ardientes lágrimas.

—¡Ah!—decía.—¡Yo he sido una gran pecadora y

he merecido mi desventura! ¡El principio de toda mi desgracia, y que a este fin me ha traído, fué el dejar de pensar en Dios, el no escuchar nada bueno y no hacer caso de la voz de mi conciencia, gustando sólo de los afeites, adornos y placeres! ¡Ay! —exclamó llorando de recio y con voz sorda y cascada.— ¡Ay de mí, si en el otro mundo me aguarda un tormento mayor todavía! Pero así como vos, generosa María, a quien yo tanto y tan espantosamente ofendí, me habéis perdonado, también espero que Dios me perdonará.

María volvió a casa muy asombrada y no pudo comer, afectada de terror, de bascas y compasión. Vagaba siempre ante sus ojos la horrorosa figura, y de continuo resonaba en sus oídos la desapacible voz. No se cansaba de decir dentro de sí misma:

—¡Y aquella espantosa figura era la misma Adela de otro tiempo, la hermosa Adela!

Entonces se acordó de su florido manzanito, que una vez destruyó la escarcha. Vínole también al pensamiento cuanto entonces y después le había dicho su padre en su desconsolado lecho de muerte, y ella en su corazón prometió a Dios solemnemente de nuevo vivir siempre casta e irreprensible.

No obstante, abogó por Adela con la señora Condesa y ésta le envió un médico, alimentos, ropas y todo lo necesario. Pero la enferma padeció aún los más acerbos dolores, y después que ya casi nadie, por el terrible aspecto y el hedor de podredumbre de su cuerpo todavía viviente, podía acercarse a su lecho, murió a los veintitrés años de su edad.

CAPÍTULO XXIII

UN ACONTECIMIENTO GOZOSO MÁS

A la siguiente primavera, cuando ya todo el campo se hallaba cubierto de verdor y flores, el Conde, con su esposa e hija, se trasladó a Eichburgo, y también María, que debía seguirlos en el viaje, ocupó su acostumbrado lugar en el coche al lado de Amalia. Cuando por la tarde llegaron cerca de Eichburgo y María de lejos divisó al reflejo del sol poniente la torre de la iglesia, el castillo de los Condes y su casa paterna, quedó muy afectada y no pudo contener las lágrimas.

—¡Ah!—decía.—Cuando salí de Eichburgo, ¡cómo podía imaginar que había de volver otra vez! ¡Qué portentosamente sabe Dios arreglar todas las cosas, y cuán infinitamente bueno es!

Al tiempo de parar el coche a la puerta del castillo, los empleados y toda la demás servidumbre del Conde ya estaban prontos para saludar a su señor. También María fue muy gozosamente saludada: todos atestiguaron su regocijo al verla de nuevo, y la felicitaron por haber conseguido patentizar su inocencia. Pero el anciano bailio con verdadera ternera paternal la cogió de la mano, le pidió perdón ante todos los circunstantes, rindió las gracias al Conde y a la señora Condesa por la generosa reparación de la injusticia ocasionada, y aseguró que también él, por tocarle la mayor culpa, trabajaría por expiar con todas sus fuerzas aquella falta.

María se levantó al otro día muy temprano, habiéndola despertado tan de mañana el contento y los hechizos de las auroras de Mayo que allí otra vez se le presentaban perfectamente desde su ventana. Apre-

suróse a visitar su morada paterna y su querido huerto. Por el camino le salieron al encuentro varios muchachos de semblante alegre: aquellos mozos a quienes María, cuando niños, había regalado flores, estaban ya tan crecidos, que se quedó pasmada. Salieron a recibirla a la puerta del huerto el labrador y la labradora; la saludaron afectuosamente y le refirieron lo satisfechos y complacidos que allí vivían.

—Una vez que usted estaba sin albergue—dijo el labrador con lágrimas de regocijo—, nosotros recibimos a usted en una choza, y ahora que nosotros hemos sido echados de nuestra morada, usted nos da esta hermosa habitación para nuestra vejez.

—Si, sí—dijo la labradora—: siempre es bueno ser afables y serviciales con los demás, pues no se sabe de cuánto podrán servirnos otra vez.

—Ahora—dijo el labrador—; entonces no pensábamos en ello, y tampoco lo hicimos por eso. Por tanto, siempre saldrá cierto aquello de: Sed compasivos, y alcanzaréis compasión.

María entró en la casa, y la salita y el sitio donde en otro tiempo su padre se sentaba, despertaron en ella tristes recuerdos. Recorrió todo el huerto, y fué saludando como a antiguos conocidos cada uno de los árboles que su padre había plantado; pero especialmente se recreó en el manzanito, que a la sazón se hallaba cubierto de hermosas flores.

—¡Ah!—decía.—¡Qué breve es nuestra existencia en la Tierra! El hombre pasa por ella, y los árboles y las plantas le sobreviven.

Se sentó bajo la enramada donde había pasado tan dichosas horas con su padre. Mientras examinaba alrededor todo el huerto, que su padre había cultivado con el sudor de su rostro, le parecía estar viéndole allí todavía vivo y alegre. Tributo a su memoria algunas piadosas lágrimas; pero con serenidad y corazón consolado pudo pensar que se encontraba en mejo-

res regiones y allá segaba lo que aquí había sembrado.

María pasaba allí todas las primaveras algunas semanas al lado de Amalia, honrada y querida de todos. Una mañana que, sentada con Amalia junto a la mesita de labor, ambas se ocupaban muy afanosas en acabar un vestido, entró en el aposento muy ceremoniosamente el señor bailío, con la particularidad de que, siendo día de trabajo, iba vestido todo de grana y con peluca recién aderezada. Amalia y María se miraron una a otra, asombradas y sin saber lo que aquello significaría. El bailío dijo que trataba de hacer a la joven María una propuesta de gran importancia. Dirigiéndose entonces a ella, empezó manifestando que su hijo Federico le había declarado el día antes que sentía inclinación por María en razón de su noble corazón y excelentes prendas, y que se tendría por dichoso casándose con ella. Como buen hijo, nada había querido decir a la joven acerca de su inclinación y miras hasta asegurarse primero del consentimiento paternal que imploraba. El padre inmediatamente, con gozo y de todo corazón, había dado el consentimiento y se había encargado de interceder por su hijo y solicitar la mano de María.

Este enlace—prosiguió el bailío con lágrimas en los ojos—le era tanto más agradable, cuanto que así podía reparar en cierto modo la injusticia que había cometido una vez con María y las muchas horas de pesar que le ocasionara. El esperaba que la joven María no daría una negativa a su hijo, y que no tomaría fundamento para desechar la propuesta en el agravio que le había inferido el padre por error, y quizás inspirado por su mucho celo en la administración de justicia.

Calló, aguardando la respuesta de María. María quedó sorprendida con la propuesta y no supo al pronto qué debía contestar, poniéndose por instantes

más y más encendida. El hijo del bailío era un mozo muy aventajado, que con extraordinario aplauso había terminado su carrera y adquirido raros conocimientos, ya en la misma Universidad, durante cuyos estudios se había enterado de los negocios del gobierno. Sus costumbres eran enteramente irrepreensibles, poseía un corazón noble, modales muy finos y amables, y además bella figura. Había hablado varias veces con María desde su vuelta a Eichburgo en el jardín del castillo del Conde, al cual solía bajar con el señor después de comer. Siempre le había mostrado miramientos y preferentes atenciones. María presentía también que le tenía cierta inclinación, y abrigaba el pensamiento de que sería muy feliz con él. Mas no prestó oídos a estas ideas: era modesta, y creía que sus deseos no debían elevarse a tanto. Así, pues, tuvo mucha cautela en no dejar prender en su corazón inclinación alguna, que de nada hubiera servido sino para turbar su reposo, y desde entonces evitó con sumo cuidado encontrarse con Federico en el jardín del castillo. Aunque era conforme a sus deseos la propuesta que acababan de dirigirle, haciasele imposible, con todo, declararse inmediatamente. Con virginal decoro, encendidas mejillas y balbuciente voz, dió a entender que la tenía confusa aquella honorífica propuesta, y pedía tiempo para pensarlo, pues también debía tratarlo con el señor Conde y la señora Condesa, quienes hacían con ella las veces de padre y madre.

Esto satisfizo al prudente bailío, que se retiró muy complacido. No dudaba que aquel matrimonio sería muy del gusto de los señores Condes. Fuése a ellos acto continuo, y ambos le oyeron con sumo placer. El Conde dijo:

—Mi querido señor bailío, usted nos da, efectivamente, una noticia muy placentera. Mi esposa y yo a solas ya lo habíamos hablado muchas veces, diciendo

que el insigne Federico y la muy amable María congeniarían perfectamente; pero nos guardábamos mucho de darlo a conocer. Temíamos que en nuestro deseo se pudiera ver un mandato, y en asunto de casamientos detestamos de todas veras cuanto pueda tener el menor asomo de violencia. Mas ahora experimentamos suma complacencia en que nuestro deseo se haya cumplido sin mediación nuestra.

La Condesa dijo entonces:

—Doy a usted el parabién, señor bailio. En María lleva usted la mejor nuera, y su hijo de usted la mejor esposa. María está educada en la escuela de las precoces adversidades, que es la mejor de todas. Por todas partes se hallan hombres también muy buenos. En todos tiempos, aun las personas que por su natural carácter son buenas, con las desgracias se acrisolan y vuelven mejores. María es humilde por inclinación, no ha gustado nunca de adulaciones, es el alma más modesta y ajena de presunción que yo he conocido; es benigna, afectuosa, y de todo corazón religiosa, lo cual es el fundamento de todo lo bueno. También ha estado acostumbrada desde la niñez al trabajo, y como ha ejecutado todos los quehaceres domésticos por sí misma, sabe muy bien gobernar una casa. En poco tiempo, y sin menoscabo de su virtud, se ha impuesto en lo que se llaman finas costumbres y buen modo de vivir. La inocencia y la hermosura están en ella muy amorosamente unidas, y bajo todos conceptos es el modelo de una perfecta ama de casa. Vuestro hijo será muy dichoso con María.

La Condesa, dando por cierto el consentimiento de María, empezó inmediatamente con particular empeño a tratar de las disposiciones de la boda.

—Contribuiré—dijo—a solemnizar en gran manera la boda. Daré la comida en el castillo, y también cuidaré de los preparativos y adornos nupciales. Vea usted—decía sonriendo—, vea usted cómo ahora pue-

de María llevar la sortija como anillo de novia. ¿Quién lo hubiera creído?

También se trató de que el párroco de Erlenbrunn se encargase de echar las bendiciones para el casamiento de María.

—Esto—dijo la señora Condesa—causará a la novia una alegría inesperada; y también el noble párroco, que tanto interés se tomó por ella en su infelicidad, se alegrará de ser ahora testigo de su dicha.

El día de la boda fué uno de los más festejados que se había conocido en Eichburgo. A la hora señalada toda la familia del Conde se dirigió a la iglesia, donde ya se encontraba reunida una crecida muchedumbre de gentes de todo el condado de Eichburgo. Nadie que no tuviese impedimento quedó en su casa, pues a los ojos del mundo era una cosa extraordinaria que una pobre muchacha, metida algunos años antes entre cadenas y en prisiones, hubiera conseguido semejante honor.

Amalia acompañó hasta la iglesia a su amiga virginalmente coronada, creyendo que con esto nada perdería en el buen parecer. Realmente, ganó mucho en ello en amabilidad para con el pueblo, y todo el mundo la estimó más desde entonces por su llaneza y popularidad.

María, coronada de rosas blancas y encarnadas y vestida con un traje de color violeta, representaba el candor engarzado en la modestia, y lucía más que todas las rosas. Con los ojos modestamente bajos y hermosa como un ángel, llegó al altar al lado de su gallardo novio, de muy alta y gentil estatura, atrayendo ambos sobre sí las miradas de todos. No lejos de los novios estaba de pie a un lado del altar el antiguo cazador Antonio. Al contemplar la lozana novia de increíble hermosura, se le representó la espantosa figura de Adela en su agonía.

—¡Dios mío!—decía.— Si todos los que se hallan



La boda de María.

presentes hubieran visto a Adela para compararla en el pensamiento ahora con María, conocerían entonces a qué fin conducen los caminos diversos por donde anduvieron estas dos doncellas!

Antes del solemne acto, el respetable párroco de Erlenbrunn hizo a todo el concurso una hermosa plática. Primeramente expuso en pocas palabras la memorable historia de la novia y de su buen padre, y después ensalzó a la Divina Providencia, que con pesares nos forma en la Tierra, con pesares nos guarda de muchos extravíos, nos ejercita en la piedad, confianza, humildad y paciencia y nos dispone a los goces que nos señaló en este mundo, haciéndonos capaces y dignos de los eternos. Advirtió a los padres que criasen bien a sus hijos, que les inspirasen temor a Dios, amor a lo bueno y aborrecimiento a lo malo, pues una buena educación es el mejor patrimonio que pueden dejarles. Penetrando directamente en el corazón de los jóvenes, los persuadía a que vivieran religiosamente, reverenciaran a sus padres, conservaran la inocencia como la flor más hermosa de entre las virtudes juveniles, y que guardasen puntualmente todos los preceptos divinos, pues son como una mano que en el torcido camino que debemos hacer nos señala por dónde hemos de ir para lograr la felicidad y la salvación.

El banquete de boda, que se dió en el salón del castillo de los Condes, fué muy espléndido. En lugar del centro de plata que debía colocarse en medio de la mesa, apareció, con universal regocijo de los convidados, el cestito de flores. Amalia lo había adornado secretamente con las más hermosas flores y mandado ponerlo allí.

—Es, efectivamente—dijo el párroco—, un bellísimo y muy gracioso recuerdo adornar la mesa de la novia con ese cestito de flores. Un adorno semejante, que en realidad hermosea la mesa mejor que el oro y la plata, es generalmente de una vista muy

halagüeña. No es fácil que podamos ver en la Tierra cosa más bella: llena todo ánimo piadoso de una emoción suavísima y le eleva al Cielo. Nos está pregonando al mismo tiempo la omnipotencia, sabiduría y bondad del Señor, pues Dios es quien ha dado a cada flor su forma, colorido y fragancia, y las embelleció con una hermosura superior a la del rey más poderoso vestido con toda su magnificencia. Pero este canastillo de flores se presenta aquí en esta mesa como una prueba especial de la Divina Providencia, pues Dios se valió de él para dirigir maravillosamente el destino de la novia y prepararnos a todos nosotros esta gozosa celebración de hoy. Aquel cuyo poder con razón admiramos en el carmín de la rosa, en el raso de la azucena y en el azul purísimo de la violeta, se nos muestra más gozoso todavía y amable en los destinos de nuestra vida, pues a veces se sirve de la cosa más frívola para librarnos de penas, salvarnos en un apuro, obligarnos a retroceder a la vista de lo malo o darnos un fuerte impulso hacia lo bueno, al paso que muchas veces permite al más insignificante suceso ser principio de una larga serie de importantes acontecimientos, y encamina hacia un fin los accidentes, al parecer más diversos, de modo que si de una ojeada examinamos la vida de cada hombre, según es fácil hacerlo después de pasada, nos parecerá como un hermoso y coordinado conjunto, cual una maravilla de la omnipotencia, sabiduría y bondad de Dios.

»Yo creo que la virtuosa novia guardará el canastillo como una prenda de familia, y nunca podrá dejar de mirarlo con los más íntimos sentimientos de gratitud para con Dios. ¡Ojalá muchas alegres festividades de familia le den ocasión para llenarlo de flores, y ojalá que el canastillo pueda adornar nuevamente lleno de flores la mesa en la fiesta del aniversario de su boda dentro de cincuenta años!

CAPÍTULO XXIV

MONUMENTO A JACOBO

El monumento de Jacobo, que Amalia había prometido a María junto a la sepultura de aquel buen hombre, estaba ya terminado. Era muy sencillo y hermoso, trabajado en mármol blanco y adornado con una inscripción dorada, en la cual, después del nombre, condición y edad del célebre hortelano y cestero, estaban grabadas en grandes caracteres dorados aquellas notables palabras de Jesús: «Yo soy la resurrección y la vida: el que creyere en mí, vivirá después de muerto». Entre estas palabras habían tallado en primoroso bajo relieve el cestito de flores por cuyo medio Dios había salvado a María de sus grandes pesares en el sepulcro de su padre. Amalia había dibujado el canastillo después de haberlo llenado recientemente María con las más hermosas flores, y entregó al escultor aquel dibujo, muy exacto. Debajo del cesto leíase también aquella memorable sentencia de la Sagrada Escritura: «Toda la majestad del hombre es como una flor del prado, que presto se marchita; pero la palabra del Señor dura por toda la eternidad». De lo alto del monumento alzábase una cruz sencilla dorada a fuego.

El alegre párroco de Erlenbunn presidió la colocación del hermoso monumento. Levantado entre las oscuras sombras de los abetos, hacía un efecto extraordinariamente bello, y luego que floreciendo el rosal sobre la sepultura extendió sus verdes ramas, también floridas, las cuales se recostaban sobre el blanco mármol, como un recuerdo de abnegación, formóse un conjunto en que no cabía mayor lindeza. El mauso-



El monumento a Jacobo

leo era el más bello adorno del cementerio y perpetuó el recuerdo del hombre más honrado de la villa. Siempre al pasar por allí los aldeanos recordaban a Jacobo con simpatía. Cuando el párroco bendijo el monumento, exclamó:

—Ha sido muy acertada la idea de poner en bajo relieve las flores que con tanta solicitud cuidó el que en vida fué jardinero; pero reproducirlas con ese cestito fué ocurrencia todavía más feliz; el canastillo tiene una significación más hermosa, y con razón los aldeanos lo miran como símbolo de una historia interesantísima, porque este suelo que pisamos fué regado con lágrimas muy copiosas.

Entonces contaba a los atentos forasteros la historia del cestito de flores, y la mayor parte se alejaban del sepulcro de aquel piadoso varón con tales sentimientos y resoluciones, que no era dable mayor ternura. Asimismo sería muy de desear que los lectores y lectoras de este librito lo tuviesen en la mano con sentimientos y propósitos semejantes.

FIN DE «EL CANASTILLO DE FLORES»

LA CRUZ DE MADERA

ERA la señora Dutilleul hija de una noble familia que gozaba de muy buena posición. Al morir su madre se retiró a un castillo que poseía y se dedicó a ejercer la caridad para con los desgraciados.

Ciertos asuntos urgentes reclamaron en una ocasión su presencia en la capital, y se detuvo en ella algunas semanas. La víspera de su regreso salió a dar un pequeño paseo, y a la vuelta de él entró en la magnífica catedral de la ciudad para dar gracias a Dios por los inmensos favores que de Él recibía.

Iba ya a marcharse, cuando en una de las capillas laterales vió a una preciosa niña vestida de negro que, arrodillada en las gradas del altar, oraba con fervor, mientras que gruesas lágrimas surcaban sus mejillas.

Respetó la señora Dutilleul el recogimiento de la niña, y cuando ésta hubo acabado su plegaria, le preguntó con dulzura:

—¿Por qué estás tan triste, hija mía?

—¡Soy tan desgraciada!—respondió la niña.—Hoy es el aniversario de la muerte de mi padre, y hace ocho días que Dios quiso llevarse a mi madre. No tengo a nadie que en este mundo me proteja, pues aun cuando aquí viven algunos parientes míos, éstos son pobres y no pueden hacer nada por mí; únicamente el señor párroco es el que algunas veces me consuela.

—Grande es, en verdad, tu desgracia—dijo la señora Dutilleul—, y desde ahora quiero aliviar tus penas. Vamos a ver al señor párroco, y si éste y tú no tenéis inconveniente, desde hoy quedarás bajo mi tutela.

La pobre niña besó con efusión las manos de su

protectora, y ambas salieron de la iglesia para encaminarse a casa del señor párroco.

Era éste un venerable anciano que por su virtud y celo apostólico se



Arrodillada en las gradas del altar.

había hecho querer de todos sus feligreses. Al enterarse por la señora Dutilleul del objeto de su visita, no pudo menos de expresar una gran alegría. Le dijo que su obra sería muy meritoria a los ojos de Dios, y luego, dirigiéndose a Sofía, continuó:

—Ya ves, querida Sofía, que esta señora desea ser tu segunda madre; procura tú ser con ella una hija sumisa y

obediente, y Dios haga que desde ahora se deslice tu vida de un modo tranquilo.

Al día siguiente Sofía y su protectora salieron de la ciudad y se dirigieron al castillo, adonde llegaron de noche.

Después de cenar la niña en compañía de su segunda madre, ésta la besó con ternura y la condujo al cuarto que le tenía preparado.

Sofía elevó al Cielo una pequeña plegaria en acción de gracias, y como estaba muy fatigada por tantas y tan variadas emociones como había sufrido su alma en poco tiempo, no tardó en dormirse profundamente.

Cuando amaneció, levantóse Sofía para ayudar en

los quehaceres de la casa, y al abrir la ventana se quedó entusiasmada contemplando el hermoso jardín que rodeaba el castillo.

A los pocos días de su llegada quiso la señora Dutilleul que Sofía, a quien cada vez quería más, fuese a la escuela para aprender lo que ignoraba. Después de sus estudios ayudaba la niña a la cocinera, y en los ratos libres hacía compañía a su protectora, quien le contaba multitud de narraciones a cuál más morales y entretenidas.

Cuatro meses habían transcurrido desde que Sofía estaba instalada en su nueva vivienda, cuando un día quiso Dios que la señora Dutilleul cayese gravemente enferma. Desde entonces no se apartó Sofía un momento de su lado.

Al tercer día de enfermedad llamó la paciente a Sofía y le dijo: «Siento, hija mía, que la vida se me acaba; pero no te aflijas, pues Dios, que me dió el ser, es quien me lo quita y hay que aceptar gustosos sus designios; como siempre te has portado conmigo como una verdadera hija, quiero recompensar tu cariño, y al efecto, te dejo en mi testamento un importante legado.» No pudo hablar más, se abrazó estrechamente a un crucifijo de madera que en sus manos



... esta señora desea ser tu segunda madre.

tenía, lo besó con fervor y poco después entregó su alma a Dios.

Sofía lloró amargamente la muerte de su bondadosa bienhechora y rogó con fervor por el descanso eterno de su alma.

Cuando pasó el novenario del fallecimiento de la señora Dutilleul, se reunieron todos los herederos y se procedió a abrir el testamento. En él dejaba la difunta un legado de diez mil duros para Sofía y la autorizaba para que, como recuerdo suyo, eligiese entre sus joyas la que más le agradase.



Se postroó de rodillas y se puso a rezar.

Los herederos protestaron de semejante disposición; pero el señor Buisson, que era el pariente más directo, dijo: «Hay que respetar el recuerdo de la difunta: querida Sofía, elige lo que quieras.»

Grande fué el asombro y entusiasmo de todos al ver que Sofía no eligió más que la cruz de madera que al morir tuvo su protectora entre las manos.

Poco tiempo después se casó Sofía con el hijo del jardinero del castillo; era aquél un joven muy honrado y trabajador.

Sofía y Guillermo, que éste era el nombre de su marido, fueron muy felices al principio de su matri-

monio; pero a los tres años tuvieron la tristeza de ver morir al viejo jardinero. Un año más tarde Guillermo se cayó de un árbol, con tan mala suerte que se rompió un brazo y tuvo que abandonar su destino. Los nuevos dueños del castillo, que eran muy avaros, sólo señalaron a Guillermo una pequeñísima pensión y un poco de leña y trigo.

Entonces pensaron comprar una casita para instalar en ella un comercio; pero como la enfermedad de Guillermo produjo grandes gastos, quisieron hacer uso del dote de Sofía, que estaba depositado en casa de un banquero. Este se negó a ello, alegando que no tenía obligación de dar nada hasta pasado un año.

En tal apuro, Sofía y Guillermo tuvieron que pedir prestado dinero a un rico propietario, quien lo adelantó mediante el pago anual de cierto interés.

A poco de esto hizo quiebra la casa en que Sofía tenía su dinero. El joven matrimonio se vió entonces acosado por el propietario que les hizo el adelanto, y como no tenía con qué responder de su deuda, fueron condenados a vender su casita en el plazo de tres días.

La vispera del día prefijado para la venta se retiró Sofía a su cuarto, y cogiendo de un armario la cruz que heredó de su bienhechora, se postró de rodillas y se puso a rezar.

Al terminar la plegaria, iba ya a guardar la cruz, cuando notó que de ella se desprendía un pequeño pedazo de madera, y al mirar si estaba rota, vió con extrañeza que de su interior salían vivos reflejos; examinó con más detenimiento y encontró en su reverso unos pequeños resortes hábilmente disimulados, que pudo abrirlos fácilmente, y ¡cuál no sería su asombro al ver que la cruz de madera encerraba otra de brillantes de incalculable valor!

Sofía puso inmediatamente el hallazgo en conoci-

miento de su marido, y ambos esposos se dirigieron a la casa del señor cura párroco; éste, después de ver la cruz, hizo que avisaran a un platero muy amigo suyo.

El artífice quedó asombrado ante tal obra de arte y pagó en el acto por ella tres mil duros.

Cuando se enteraron de lo sucedido los parientes de la señora de Dutilleul, quisieron denunciar a Sofía; pero el Sr. Buisson les dijo: «Dejaos de lamentaciones tontas, pues nada podéis hacer en contra de Sofía: ésta pudo escoger la joya de más valor, y aun en el caso de que hubiera sabido el tesoro que encerraba la cruz de madera, estaba en su perfecto derecho al quedarse con ella».

Los descontentos comprendieron la razón de estas palabras y tuvieron que resignarse, mal de su grado.

Con verdad dijo Dios que todo aquel que se humilla será ensalzado, y que el que se ensalza será humillado.

FIN

ÍNDICE

	Págs.
Capítulo I.—El anciano Jacobo y su hija María.	7
— II.—María en el castillo del Conde	15
— III.—El anillo hurtado	23
— IV.—María en la cárcel.	29
— V.—María en presencia del tribunal.	35
— VI.—Jacobo con su hija María en el calabozo.	41
— VII.—La sentencia y su consumación	47
— VIII.—Un amigo en la necesidad.	53
— IX.—Expedición de Jacobo y María	57
— X.—Alegres días de Jacobo y María en la Granja de los Abetos	61
— XI.—Enfermedad de Jacobo	67
— XII.—Muerte de Jacobo	77
— XIII.—Nuevos quebrantos para María.	83
— XIV.—María es despedida.	87
— XV.—Socorro bajado del cielo	93
— XVI.—De cómo había venido hasta el cementerio la Condesa Amalia	97
— XVII.—El anillo hallado.	103
— XVIII.—Cómo las personas generosas reparan un agravio.	109
— XIX.—Una noticia más que es digna de recordarse en esta historia	115
— XX.—Una visita a la Granja de los Abetos	121
— XXI.—Qué más pasó en la Granja de los Abetos.	125
— XXII.—Un triste acontecimiento más	131
— XXIII.—Un acontecimiento gozoso más	137
— XXIV.—Monumento a Jacobo	147
—————	
LA CRUZ DE MADERA	151



BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1104533840